

ANT
XIX
1267/5

GERARDO DE CASTRO

SANGRE Y LÁGRIMAS

LA CRUZ NEGRA



1892

TIP. DE EL DIARIO DE MÁLAGA

Niño de Guevara, 2

19 mil

R-75752



GERARDO DE CASTRÓ

SANGRE

Y

LÁGRIMAS

NOVELA



EDITOR:
D. ANTONIO RAMIREZ Y GUZMAN
1891



I.

Era una tarde tempestuosa del Estío...

Las gigantescas olas del Océano se sucedían, se aglomeraban sin interrupcion, estrellándose violentamente contra las verdes rocas de la orilla.

La atmósfera estaba cargada de electricidad; fúlgidos relámpagos se dibujaban en el negro fondo de un horizonte tenebroso, reflejando su lívido resplandor en la agitada superficie de las aguas.

El estampido del trueno prolongado, repetido por los ecos de las montañas, remedaba la voz poderosa de nuestro Dios, e' terrible clamoreo de la trompeta del Apocalipsis.

Todo gemía en la naturaleza: las peñas, los árboles, las plantas; todo era agitado cual débiles

aristas por el titánico impulso del vendabal.

La borrasca me había sorprendido en un paraje fuertemente poético. Delante de mí se desarrollaba un desierto de agua, el mar de las Antillas; á la derecha se distinguía una cadena de montañas, cuyas erguidas crestas parecían traspasar los límites de la region vegetal. En sus extensas laderas, esmaltadas con el inimitable verde de la naturaleza, se divisaban multitud de cenicientos bohios, desparramados en forma de nacimiento y heridos por el débil resplandor del crepúsculo.

Volviendo la vista hácia la izquierda aparecía en primer término el derruido cementerio de San Carlos, despues los escuetos torreones del fuerte de S. Cristóbal y por último, en la misma direccion de esta obra de granito, se destacaban confusamente algunos edificios y el campanario de la iglesia parroquial de Aguadilla.

Yo contemplaba lleno de entusiasmo este grandioso espectáculo, tan frecuente en las zonas tropicales.

Tal vez buscaba mi mente el misterio de la creacion, tal vez mi espíritu anonadado, confundido ante la salvaje magnificencia de aquel panorama, elevaba al cielo una tierna plegaria tributo de fé y de sentimiento.....

De repente lancé un grito horrible, desgarrado.

dor y toda la sangre de mis venas se agolpó á mi cabeza!

Una espantosa ola vino á estrellarse contra la roca que me servía de pedestal, salpicando mi rostro de espuma ..

Aquella inmensa montaña de agua, traía en su giratoria cúspide un cadáver, mutilado, sangriento, que depositó á mis piés!!

.

II

Por algun tiempo permanecí inmóvil, petrificado, sin poder darme cuenta de lo que sentía mi alma.

Las palpitaciones del corazon, eran rápidas, irregulares, violentas.

Mi cabeza ardía con el fuego de la fiebre. Toda la sangre de las venas convertida en lava, se revolvía en su interior, calcinando mi cerebro.

Pasados los primeros momentos de estupor, y como si obedeciera á una fuerza magnética irresistible, cogí entre mis manos una mano crispada

da, fría y arrastré al cadáver á alguna distancia del mar.

Entonces me detuve á contemplarle. Era el cuerpo de un hombre.

La muerte había desfigurado algun tanto su rostro.

La sangre borbotaba de su cráneo, partido en dos, por un terrible machetazo.

Sus ojos azules, brillantes, conservaban una chispa de cólera, de venganza, que el asesino no había podido borrar con su crueldad.

Aquel cadáver representaba un crimen horrendo, un drama sangriento, de los muchos que pasan desapercibidos para la justicia humana.

Dios había impedido, sin duda, que el Océano guardase en su seno tan funesto secreto.

En vano trataría de describiros las emociones que experimentó mi alma.

Largo espacio de tiempo permanecí inmóvil, subyugado por el terror, con la mirada fija, enclavada en los brillantes ojos del cadáver, como si pretendiera leer en ellos la terrible historia de aquella sangre.

De pronto sentí que una mano de hierro se apoyaba en mis espaldas...

En aquel momento brilló en el horizonte la azulada luz de un relámpago, iluminando ante mi vista la figura colosal y repugnante de un negro.

Su rostro tenía el color del ébano, su pelo era blanco, lanudo y encrepado; la cabeza estrecha, la frente convéxa, la nariz ancha y los ojos de un negro interso, recortados por el límpido blanco de su fondo. Aquellos ojos relampagueaban, relucían como carbunclos.

Sus labios gruesos, lívidos, revelaban el estado de su alma, la cólera que le dominaba.

La espantosa palidez de los negros se descubre únicamente en sus labios.

Yo contemplé con un pavor instintivo aquella figura humana, que representaba el tipo africano en toda su salvaje magnificencia.

—Ah!—murmuró el negro, dejando vagar por sus lábios una sonrisa acerada, cruel y lanzándome una mirada de tigre, que me heló de terror,—siempre el ódio de los blancos! siempre el ensañamiento y la infamia! Llegará un día terrible no lo dudeis, en que colmada la copa del sufrimiento, apurado el horroroso martirio de la esclavitud y ansiosos de venganza, nos lancemos formidables contra nuestros verdugos, devolviéndonos desprecio por desprecio, infamia por infamia.

Temblad entonces, estremeceos de terror, porque la raza africana oculta en su corazón todo el veneno, toda la ponzoña de la víbora y la espantosa fiereza del chacal!

El negro callo. De sus ojos parecía brotar un resplandor azulado, una corriente magnética, que embargaba mis facultades todas.

—Voy á dar sepultura al muerto,—prosiguió con entonacion sarcástica, pasados algunos momentos de silencio—una sepultura digna de su vida ejemplar; tiempo nos queda lúego, sí, quiero contarte la historia de este cadáver, es una historia muy peregrina... Espera.

El africano se inclinó sobre el muerto, ató á sus piés un pesado fragmento de peñasco, lo cogió entre sus robustos brazos, trepó con él al pico de una roca, y á la luz de la tempestad contemplé una escena horrible...

El negro balanceó por algunos instantes aquel cuerpo humano comunicándole un impulso titánico; despues abrió los brazos y el cadáver salió, como el proyectil despedido por una honda, á veinte metros de distancia.

El Océano lo recibió en su seno, haciéndolo desaparecer instantáneamente de nuestra vista.

III

El negro celebró con una carcajada indefinible, aquella hazaña de gigante.

Yo sentí en mi cabeza un zumbido fúnebre, una cosa parecida al vértigo.

El africano se acercó á mí de nuevo y con una calma aterradora: sígueme, me dijo,—te he ofrecido contarte la historia de ese miserable y debo cumplirte mi promesa. Pasaremos la noche entre los muertos, pero al fin, á cubierto de la borrasca. Y se puso en marcha.

Yo obedecí como un autómeta, carecía de voluntad para resistirme, el negro se había apoderado de mi alma, había llegado á magnetizarme el brillo de sus ojos.

Anduvimos algun tiempo, el negro siempre delante y yo á corta distancia de él.

La noche había cerrado densamente oscura los relámpagos y los truenos se sucedían con rápidos intervalos y el ruido del mar se semejaba al pavoroso estruendo de una detonacion subterránea.

Llegamos al cementerio de S. Carlos, penetramos en su lúgubre recinto, nos dirigimos á la

galeria de la derecha, á cuyo final mi acompañante se sentó sobre un desvencijado ataúd, indicándome con una mirada magnética que le imitará.

Todo lo que nos rodeaba era fúnebre, espantoso. Se respiraba una atmósfera pesada, nauseabunda. De vez en cuando el resplandor eléctrico de la borrasca iluminaba una serie interminable de nichos, toscas cruces de madera colocadas sobre humildes sepulturas, y un inmenso foso, la hoya de la miseria repleta de restos humanos.

El negro guardaba un silencio profundo, como tratando de reunir en su imaginación los datos de aquella historia de sangre.

—Preciso es—dijo al fin—que antes de empezar mi relato sepas quien soy yo.

Quizá no sea esta la primera ocasion en que ves á Telmo, al sepulturero del cementerio de san Carlos.

Sin embargo, como los blancos nunca os fijais en los negros, nada tendría de extraño que tú, como otros muchos, hubieras visitado el recinto de los muertos, sin concederme una sola mirada.

De hoy para siempre estoy seguro que no me olvidarás y que el sepulturero de S. Carlos será para tí un buen amigo; inútil me parece brindar-te mi casa y mi amistad!!!

Yo no supe qué contestar al sarcástico ofrecimiento de Telmo; el terror enmudecía mi lengua.

Estás agitado, febril,—prosiguió el sepulture-ro—la falta de costumbre; creo que con dos noches como esta, te familiarizabas con lo horrible, con lo maravilloso; pero escúchame.

Y Telmo empezó su historia, de la manera siguiente:

IV

Hace 13 años que yo no conocía otro país que el de la Cafrería, mi cuna natal.

En constante guerra con los ingleses del Cabo, había llegado á adquirir fama de valiente.

Ninguno de mis compañeros manejaba la azagaya y la flecha con la habilidad y maestría que en mí envidiaban.

Acostumbrado también á luchar cuerpo á cuerpo con los monos, tigres y leopardos en la soledad de una selva, mis fuerzas físicas habían tomado proporciones gigantescas.

Todos los peligros de la naturaleza los arros-

traba con valor, con serenidad, sin inclinar la frente, ni humillar la mirada.

Era el más bravo de la tribu, y aquellas dotes personales de arrojo y maestría, me valieron con el tiempo la jefatura de ella.

V

Pasaron dos nuevos años de mi vida sin dejar un solo día de tener algún encuentro con los ingleses del Cabo.

A pesar de la superioridad de sus armas, la victoria estaba indecisa las más de las veces, tal era el encarnizamiento con que peleábamos.

El horror de caer prisioneros, nos hacía buscar la muerte del héroe en el campo de batalla.

La cautividad representaba para nosotros esa venta infame que haceis los blancos de los negros, la esclavitud, el martirio.

De nada han servido los infinitos tratados que impiden tráfico tan horrible; los europeos continúan haciendo negocios muy brillantes en las costas de Africa.

Mi valor había llegado á convertirse en una ferocidad sin límites.

Una sed rabiosa de sangre humana abrasaba constantemente mis entrañas.

Un trozo de carne de inglés, era el manjar más suculento y sabroso que podían ofrecerme, para reponer mis fuerzas despues del combate.

Era un antropófago en toda la extensión de la frase.

Mi tribu, pues en aquella época tenía ya el mando de gefe, se componía de cincuenta hombres, sin contar los ancianos y mujeres y niños.

Todos obedecían á mi voz instantáneamente y sin que la más leve sombra de disgusto se retratara en sus semblantes. No reconocían otra autoridad que la mía, ni otro poder superior á mi poder.

En mí habían personificado aquellos hijos de la Cafrería su Dios, su rey y su capitán.

VI

Una circunstancia inesperada vino á cambiar el giro de mi vida y á dulcificar mis instintos de fiera.

Contaba por entonces veinte años, y puedo asegurar que en el transcurso de ellos ni aun en sueños había codiciado la hermosura de una mujer.

El amor nunca lo había sentido mi alma, ni mi inteligencia me había revelado sus infinitos gozes.

Ignoraba la influencia reservada á la mujer, para regenerar nuestras inclinaciones por medio del cariño.

Hasta allí mi vida había sido una serie interminable de crueldades; mi pasado estaba envuelto en nubes de sangre.

Pero llegó un día en que mis ojos se fijaron en Tchina, y mi alma sintió lo que jamás había sentido, el amor.

Tchina apenas tenía 13 años, y sus formas habían adquirido el desarrollo de las de 20 en otros climas.

Su color era bronceado, sus ojos negros, relumbrantes, llenos de expresión; su boca grande, de labios más rojos que la flor de la granada; su seno abultado é incitante, y su talle esbelto y flexible, como el talle gentil de la palmera.

Todos estos encantos que constituyen el tipo de la mulata, hacían de la jóven una de esas bellezas que despiertan la voluptuosidad y el

deseo, aun en los temperamentos más frios y en las imaginaciones más apagadas.

Tchina era hija de uno de los santones más sábios de mi tribu.

VII

Yo aprovechaba las noches de luna y las poéticas alboradas de la Cafrería, para pintar á Tchina mi amor naciente, mi primer amor,

Tchina era muy jóven para saber escudarse con la hipocresía, ignoraba el arte de finjir, y bien pronto adiviné en sus miradas una pasión ardiente hácia mí, un poema de placer que ambos deseábamos realizar.

Yo descubría en los satínicos atractivos de aquella mulata, una felicidad nueva, un paraíso anticipado, una vida llena de voluptuosidad y de deleites.

Poseer el alma y el cuerpo de Tchina era mi único anhelo, mi ambición única.

El amor había empezado á regenerarme, había calmado mi sed de sangre, dulcificando mis instintos de antropófago.

VIII

Era preciso que aquella pasión tuviera el término deseado.

Con este objeto llamé una noche al sábio santón, padre de Tchina.

Betjusa era un negro de 6 piés de altura, cuya cabeza habia encanecido en el estudio de la naturaleza, conocía las infinitas propiedades de todas las yerbas de aquella parte del Africa, *dicha* costa del Natal.

A Betjusa estaba encomendada la confeccion de los venenos, para empozoñar las flechas que dirigíamos á los ingleses.

Betjusa era el intérprete de la tribu.

Poseía secretos maravillosos; leia en el porvenir, profetizando los arcanos del tiempo y daba la vida y la muerte con sus misteriosos filtros.

Cuando el santón estuvo en mi presencia, traté de exponerle el motivo de aquel llamamiento, pero él, anticipándose á mis palabras, exclamó.

Es inútil cuanto me digas, conozco tu amor por

el de Tchina, he medido la intensidad de tu pasión, por la pasión de mi hija.

Y bien, sabio Betjusa, tú que has estudiado el corazón humano, comprenderás que mi vida, sin el cariño de Tchina, sería una carga insostenible, un martirio cruento; aprueba nuestra unión, acepta mi alianza y te deberé la existencia.

—En vano opondría mis débiles fuerzas, valiente Rótben; (este era mi nombre en Africa) hay pasiones funestas que todo lo arrollan, que nada las detiene. Mi negativa exasperaría tus deseos, desbordaría tu pasión, hasta el punto de arrastrar á Tchina en tus locuras. Lo que está escrito debe realizarse, luchar con el destino solo lo hacen los insensatos.

—Es decir, que Tchina me pertenecerá?—exclamé estremecido de alegría.

—Sí,—repuso Betjusa,—pero escucha antes una revelación. Creo que el héroe de cien combates, que el hombre acostumbrado á lo horrible, á lo sangriento, podrá oír sin inmutarse los secretos de su porvenir, los arcanos del tiempo.

La voz de Betjusa al pronunciar estas palabras había tomado un acento grave, misterioso; de sus ojos negros parecía brotar una chispa de inspiración.

—Habla y mátame, si al descubrir ante mi

vista el horizonte de la vida, se contrae por el terror un solo músculo de mi rostro.

Mi contestacion no podía ser más arrogante.

—Siempre he creído en tu valor, Retben, siempre he admirado en tí una fiereza salvaje, pero hay momentos en que el hombre desea vivir mucho, para alcanzar la felicidad vislumbrada en sus sueños, y tú has soñado con la hermosura de Thina; yo hago en este instante de verdugo, voy á destrozar tu corazon, voy á darte á conocer la pálida y macilenta estrella que anunció tu nacimiento.

—Oh! sí, lo deseo, la incertidumbre me asesina.

—Pues bien, levanta y fija tu mirada en el límpido azul del firmament, observa ese pequeño grupo compuesto de tres estrellas distintas en magnitud y en brillantez. La más apagada guía é ilumina tus pasos en la tierra.

La más brillante parece comunicarla su resplendor, ¿no es verdad? Esa segunda estrella simboliza el destino de Tchina. Es el lucero que ha concedido á tus armas mil victorias.

El día que Tchina pierda su virginidad, se eclipsará la luz de ese astro y serás derrotado en el primer encuentro con los ingleses; ahora escoge entre la belleza de mi hija, ó tu eterno poderío.

—Tú lo has dicho, Betjusa, hay pasiones terribles que por nada se detienen, que todo lo arrojan; yo acepto la suerte tal como la describes, Tchina será mía.

—Sea,—añadió el santón;—réstame tan solo explicarte lo que simboliza la tercer estrella, la más aciaga para tí.

—Oh! aun nuevas calamidades. ¿Qué representa esa estrella, qué simboliza?..

—Representa tu deshonor, simboliza un guerrero, hijo de otros climas, que enloquecerá de amor por Tchina, robándote su hermosura y tal vez su cariño.

—Basta! hasta aquí he callado escuchando con resignación tus vaticinios, pero no prosigas, sino quieres morir á mis manos. Tiembla, sabio Betjusa, si tu ciencia no me proporciona una venganza espantosa, como mi desgracia.

Y mis ojos irradiaron sobre el santón un relámpago de cólera.

Betjusa recibió con serenidad aquel'a mirada de tigre.

—Había calculado tu petición,—contestó el sabio, dejando vagar por sus lábios una sonrisa indefinible.

Deseas vengarte y recurres á mi ciencia para hacer más espantosa tu venganza; pues bien que-

darás satisfecho, te la proporcionaré cumplida; será mi regalo de boda! aceptas?....

Y el negro se alejó de mi lado sin esperar contestación, y riendo como un insensato.

Por algun tiempo le seguí con la vista...

Qué significaban sus últimas palabras? ¿Por qué parecía alegrarse con mi desgracia?

IX

Telmo hizo una pausa al llegar á este punto de su narración.

—¿Qué tal encuentras la historia de mi vida; no te parece llena de sabrosos detalles?

—Oh! es una historia horrorosa, sin relación alguna con el cadáver que ha arrojado al mar ante mi paso; le respondí estremecido.

—Ten calma, unos crímenes se enlazan con otros, ya adivinarás el trágico fin de mis amores con Tchina. Sígueme prestando atención.

Y Telmo continuó:

X

Desde la noche de nuestra antevista, la conducta de Betjusa se hizo sospechosa por más de un concepto.

Con frecuencia abandonaba la tribu, permaneciendo días enteros separado de ella.

En vano traté de inquirir el objeto de aquellas frecuentes excursiones.

El santón respondía siempre á mi interrogatorio con estas palabras: "Me cupo del regalo de tu boda, de la terrible venganza que has encomendado á mi ciencia. No dudes de mi lealtad.,,

En aquella contestación, adivinaba yo una disculpa; un secreto presentimiento me hacía sospechar que Betjusa era un traidor.

¿Cómo explicar de otra manera su conducta; porqué después de concedida la mano de su hija oponía una resistencia marcada á la realización de nuestras bodas?

Sus palabras no podían satisfacerme, no justificaban sus misterios.

Sin embargo, antes de tratarle como merecen los traidores, era preciso seguir sus pasos, observar de cerca sus intenciones, descubrir sus proyectos, convertirse en su sombra, hasta hallar pruebas suficientes que confirmasen mis temores.

Pronto sabrás el resultado del espionaje de que fué objeto el sabio.

Mientras tanto te hablaré de Tchina, de ese hermoso astro que embellecía mi existencia.

XI

Era una noche apacible, melancólica...

La luna brillante y magestuosa se destacaba sobre el fondo azul de los cielos, como un inmenso faro sobre la superficie del mar.

Un ligero S. E. rizaba dulcemente las aguas del caudaloso Orange, y hacía suspirar de amor á la solitaria palmera que crece en sus orillas.

El lejano bosque donde se albergaba mi tribu errante prestaba á la brisa sus emanaciones y sus misteriosos ecos, y los cantores de la selva la hacían vehículo de inimitables trinos.

Aquel parage tenía para mi alma encantos dulcísimos, allí por primera vez descubrí á Tchina la intensa pasión que me devoraba y allí tambien escuché de sus lábios de rosa, palabras de un cariño volcánico como solo los africanos pueden comprenderlo; allí se regeneraron mis instintos de fiera y se despertaron mis sentimientos de hombre.

Aquella melancólica noche esperaba con ansiedad la llegada de Tchina.

Nos habíamos citado como otras muchas, cerca de la solitaria palmera cuya base fecundiza el Orange.

Los tristes vaticinios de Betjusa lejos de atemorizar mi ánimo y de hacerme desistir en mis amores, sirvieron para aumentar mis deseos y la intensidad de mi pasión.

.....

Tchina no me hizo desesperar de impaciencia. A la hora convenida asistió á la cita. Nos sentamos á orilla del rio.

Por algun tiempo permanecimos silenciosos pero hablándonos con la mirada.

Oh! los ojos de la mulata son como el abismo, no pueden contemplarse sin sentir la fascinación y el vértigo de su fuerza atractiva.

Su mirada es la tentacion de los placeres ma-

teriales y el hombre es su esclavo cuando se pone al alcance de ella.

Yo interrumpí con mi palabra aquel silencio elocuente:

—Hermosa Tchina ¿qué nube de tristeza empaña tu divina frente, porqué la sonrisa no agita tus labios de coral y la alegría no hace brillar las negras pupilas de tus ojos: has dejado de amarme?

—¡Dejar de amarte! Podría existir la naturaleza, la vegetacion sin el fuego del sol, el torrente sin el precipicio, el mar sin oleajes! No dudes de mi cariño, un sueño es el origen de mi tristeza.

—Un sueño! acaso la fatalidad se obstina en cerrarnos la senda del placer?

—No lo sé, Rotben, pero escucha y juzga mi sentimiento.

Anoche, como siempre, me dormí arrullada por los ecos del bosque y el canto de los pájaros; tu imágen que representa la del héroe, la contemplaba en mi sueño, fascinada de amor y aun dormida te dedicaba mis recuerdos, mi alma toda...

Trascurrió una hora tal vez...

De repente sentí como si alguien se acercase á mi lecho de hojas, y me pareció oír estas palabras entrecortadas y terribles, al hombre ó fantasma que se había acercado,

—Oh! la aborrezco tanto como amé á su madre en un principio...!

Porqué se cruzó en mi camino el bravo Alústán?...

—Alústán!—esclamé estremecido, interrumpiendo á Tchina,—ese era el nombre de mi padre, vilmente asesinado.

—Sí, sí, escúchame; Alústán, prosiguió el fantasma, fué el miserable que sedujo á la hermosa Bulibana, desvaneciendo mi felicidad...

Disfrutaron un año entero de amor, mientras pude contener mis celos y mi venganza...

Pero llegó una noche... detrás de un árbol acechaba ansioso, colérico, con la flecha preparada, la vuelta de Alústán á su guarida.

El parage de la emboscada era seguro.

Alústán no se hizo esperar, yo le salí al encuentro y pude dispararle un certero flechazo, que le envenenó el corazon!..... Bulibana murió tambien á mis manos. Sí! y aun me pide más sangre mi venganza!!...

Ah! soy un insensato, desde aquella espantosa noche todas son locuras... la razon me abandona, cuando más la necesito... Habrá oído alguien mis imprudentes revelaciones? ¡oh! hay secretos que jamás debieran salir del pecho!!...

El fantasma calló, perdiéndose luego entre los árboles.

Cuando desperté tenía amarga la boca y estaba calenturienta. ¿Había soñado?

Yo seguí con un interés vivísimo el relato de Tchina.

Debía dar crédito á su sueño? existía realmente en la tribu el asesino de mi padre?

Tchina interrumpió mis reflexiones con su amargo llanto.

—Es preciso vengar á mi madre.

Rotben, los dos necesitamos la vida del asesino; los dos unidos satisfaremos con sangre á Bulibana y A ústan! ¿aceptas?

—Es decir que crees en tu sueño, que esperas descubrir al criminal, que no retrocederás por nada ni por nadie, hasta realizar tu venganza?

—Te lo prometo, Rotben.

Me estremecí convulsivamente al oír el ofrecimiento de Tchina y es que una idea, una sospecha fundada y terrible cruzó por mi mente y el nombre de Betjusa me abrasaba el cerebro.

Quien otro, sino el esposo de Bulibana, ofendido por los amores de ésta con mi padre, hubiera dado la muerte á ambos?

¿Cómo Tchina no comprendía una cosa tan natural, una consecuencia tan lógica?

El dolor ofuscaba, sin duda, su imaginación en aquellos momentos, evitando á la infeliz, por el pronto, el horror de haber deseado un parricidio.

En cuanto á mí, la ignorancia absoluta de aquellos amores me habia impedido hasta entonces descubrir al asesino de Alústán.

Un sueño era el origen de estas primeras suposiciones, y sin embargo, no las creia aventuradas.

Disimulé las emociones que agitaban mi alma.

Aseguré á Tchina una alianza eterna, inspirándole consuelo y fé en el cariño que la profesaba.

Despues nos separamos; la mulata, abatida, impresionada aún por la funesta pesadilla de la noche anterior, y yo, dispuesto á todo por cumplir mi antigua promesa.

XII

Al día siguiente muy temprano, Veret, uno de los más valientes guerreros de mi tribu y á quien habia encomendado el papel de espía cerca de Betjusa, penetró en la tienda de follaje que me servía de albergue.

Me bastó una sola mirada para comprender

que algo importante tenía que revelarme y esperé con impaciencia sus palabras.

—Rotben, exclamó al fin aquel guerrero, con voz muy baja y mirando recelosamente en torno suyo. Desde que encomendaste á mi cuidado espiar los pasos de Betjusa, no descanso un momento; día y noche le observo, le persigo, me convierto en su sombra. Toda la cautela es poca para burlar la perspicacia de un sabio.

—Y bien, has descubierto la traicion...

—He descubierto algo más que una traicion, escucha:

La noche anterior al día de ayer, el santón no se acostó. El y yo éramos los únicos que velábamos el sueño en la tribu.

Betjusa estaba pálido, con los ojos desencajados y muy brillantes, tenía marcada en su rostro un expresion de locura indefinible.

Yo tambien estaba inquieto, procurando ocultarme siempre en la sombra de los árboles y esperando con desconfianza que un rayo de luna me descubriese.

El sabio vagó por el bosque algun tiempo y luego con inciertos pasos se dirigió al lecho de Tchina.

Yo no sé cuáles serían las intenciones de Betjusa.

Las palabras que pronunció se hicieron ininte-

ligibles con la distancia interpuesta entre ambos.

Solo ví que antes de separarse del lecho, exprimió en los labios de Tchina el zumo de una planta.

—Ah! murmuré yo cortando el relato de Veret y comprendiendo entonces que Tchina no había soñado.

Mis temores empezaban á confirmarse, la conducta del santón se esclarecía y la casualidad me daba á conocer al más implacable de mis enemigos.

Procuré calmar mi agitación é insinué á Veret, continuase.

—Betjusa,—prosiguió el guerrero,—había determinado, á no dudarlo, utilizar por completo aquella noche en sus misteriosos planes. Inmediatamente abandonó el bosque, emprendiendo una marcha rápida á través de las llanuras del Sur. Yo le espíaba con facilidad, siguiéndole de cerca oculto entre la maleza.

Duró más de cinco horas nuestra marcha.

De pronto apareció sobre el verde prado un pequeño torreón blanco.

Un europeo vigilaba la puerta, con la carabina al brazo.

Se cruzó una seña entre Betjusa y el centinela.



Y el sábio penetró en el interior de la torre, permaneciendo una hora escasa.

A la vuelta le espí con la misma cautela y con la misma suerte que la primera vez lo había hecho.

¿No basta esto, valiente Rotben, para sospechar, con fundamento, una horrible traicion y para suponer que Betjusa ajusta con los ingleses una venta infame de sus hermanos?

—Tienes razon, Veret y estoy muy satisfecho de tu celo, es preciso no descuidarse.

Avisa á mis guerreros se apresten al combate, creo que nos espera un día de sangre.

—Sabremos rechazar á nuestros enemigos; confía en el valor de tus guerreros.

—En vosotros confío. Y tú Veret vigila al sábio, impidiendo tambien que ninguno de la tribu abandone el bosque. El bosque es nuestra única salvacion.

Comunica mis órdenes sin alarma y sin que se aperciba de ellas Betjusa.

El espía se retiró.

XIII

Una hora larga permanecí solo y entregado á mis pensamientos, hasta que se dibujó en el arco de la tienda la figura de Betjusa.

El santón fingía un contento extremado; sus ojos brillaban con un fulgor satánico y en sus lábios se advertía la sonrisa del triunfo.

Yo recibí al sábio, disimulando mis impulsos de venganza. Era preciso engañar al viejo tigre de la Cafreria para acorralarlo en su cubil.

—Salud y poderío al más valiente guerrero de la tribu,—murmuró el santón inclinándose.

Correspondí á su saludo con interés y le pregunté el objeto de su visita.

—Hoy hace diez días,—repuso el santón,—que aprobé tu deseo de boda con mi hija Tchima. Antes podría haberse verificado vuestra union, pero los astros revelaron las desgracias que te guardaba el destino y recurriste á mi ciencia para vengarte de los seres que se opusieran á tu felicidad. ¡No es cierto!

—Sí lo es—prosigue.

—Pues bien hoy he venido á ofrecerte el fruto

de mis trabajos, á entregarte el regalo de boda, ó sea un medio terrible para tu venganza.

El sábio colocó en mis manos una planta desconocida para mí, de hojas muy anchas y de un color impuro.

—¿Qué uso debo hacer de ella?—interrogué á Betjusa, sarcásticamente.

—Esperar con calma los reveses del destino, hasta el día funesto en que un guerrero, hijo de otros climas te arrebate el amor de Tchina; entonces, si consigues exprimir en el rostro de tu rival el jugo de esa planta, podrás gozarte en su horrible agonía y la felicidad volverá á sonreír para tí.

—Es un regalo inapreciable el que me haces y con él me encuentro tranquilo en un todo!

Transcurrieron algunos momentos de silencio embarazoso, por el tono de mi contestacion.

—Creo haber llenado mi objeto.—dijo el sábio, interrumpiéndolo,—y voy á alegrar el corazon de mi hija con la noticia de vuestra boda.

Y se dispuso á salir.

—¡Espera aun; repuse yo, con acento colérico y no pudiendo contener por más tiempo mis deseos de venganza; tenemos que hablar y es forzoso que me escuches.

Nuestras miradas se cruzaron.

La del sábio expresando terror y sorpresa.

La mía una tempestad de odio.

—Quiero hablarte de mi padre,—añadí sin detenerme,—tú conociste mucho á Alústán y puedes ayudarme á descubrir al asesino.

El santón permaneció mudo é inmóvil. Mi ataque había sido brusco, inesperado y le sobrecojió.

—Será preciso que te recuerde los amores de Bulibana! No, no lo haré. Tú conoces mejor esa historia de sangre, y necesito... bien sabes tú lo que necesito!!

No comprendo...—dijo el sábio acreciendo en palidez y con acento inseguro.

Una carcajada, irónica fué el preámbulo de mi respuesta.

—Ignoras que tengo en mi poder esta planta maldita que me ha proporcionado tu ciencia, mejor dicho tu locura! Tedejo el derecho de eleccion, escoge, pues, entre complacerme ó experimentar una sabrosa agonía.

—Oh! no por piedad,—esclamó Betjusa,—mátame de un flechazo, aplástame el cráneo, pero esa yerba... Oh! cada hoja representa un martirio, un dolor intenso. Yo creí que jamás harías uso de ella.

—En tu mano está evitar esos dolores; descubre el negro pasado de tu vida, tu criminalidad, tus infamias y tendré compasion en el castigo.

—¡Soy inocente! Soy inocente! Rotben..... No puedo... no sé nada de ese crimen!!...

—Tú has pronunciado la sentencia con esa negativa incomprensible,—exclamé yo ébrio de cólera y sangre;—tú eres el asesino de Alústan y de Bulibana, tú el traidor que has vendido la tribu entera á los ingleses.

Y arrojé sobre el rostro de Betjusa todo el zumo de aquella planta ponzoñosa.

El rostro del sábio se incendió instantáneamente y un temblor nervioso, convulsivo, recorrió sus miembros, haciéndole caer en tierra.

Yo gozaba contemplando aquella horrible agonía. Era mi venganza satisfecha.

—Ah!—murmuró Betjusa—acércate Rotben y no me interrumpas aunque te espanten mis revelaciones... la muerte está próxima y siento miedo á la eternidad... Sí; yo soy el criminal, yo el asesino!

Hace 13 años vivía Bulibana, era mi único amor...

Nuestra union había sido estéril, á pesar de mi cariño; y es que Bulibana me aborrecía, sin causa...

Tu padre era viudo cuando la conoció; Zembére, tu madre, había muerto hacía 6 años, al darte á luz.

Alústan y Bulibana se amaron con frenesí; parecían haberse formado el uno para el otro.

Al cabo de 9 meses de estos amores, nació Tchina.

Yo hasta entonces había podido contener mis celos; pero desde aquel momento me fué imposible soportarlos...

En una misma noche maté á tu padre y á Bulibana!

Una locura terrible se apoderó de mi cerebro; sí! hace 13 años no sueño más que con la sangre y con nuevos proyectos de venganza... Soy un insensato; de otra manera no hubieses descubierto mis planes de traición.

Tú crecías protegido por la tribu y Tchina atendida por mis cuidados.

Mi ciencia me había revelado que llegaríais con el tiempo á profesaros un cariño intenso.

¡Qué mayor placer, qué venganza más cumplida, que arrojar un hermano en brazos de su hermana, impulsados ambos por un amor maldito, incestuoso y descubrirles entonces el funesto secreto, para envenenar sus almas con el remordimiento!!!

Mi eterna locura me ha perdido. Yo descubrí mis intenciones al acercarme hace dos noches al lecho de Tchina.....

No puedo más, Rotben, el dolor apaga mi voz... me muero!... me muero!!.....

—Oh!—exclamé yo, queriendo animar el cuerpo de Betjusa con mi aliento—es preciso que me reveles qué idea te guiaba al lecho de Tchina.... dí Betjusa?... no hablas?... no respondes!.....

Betjusa no contestó, era un cadáver y se llevaba á la tumba aquel secreto.

Yo no sé lo que sintió mi alma; la desesperacion, la ansiedad, el vértigo, todo esto se apodó de ella en un momento indivisible.

Me precipité fuera de la tienda para aspirar otra atmósfera: me ahogaba!... unos brazos de mujer me detuvieron...

Era Tchina, pálida, llorosa, desencajada.

—¡Rotben!—exclamó con vehemencia,—todo lo he oido!... hermano mío, oh! nuestro amor era incestuoso!! un amor de maldicion...!!!

Pero aquellos lamentos desgarradores, los apagó el estruendo de mil gritos!

¡A las armas!... los ingleses han tomado las avenidas del bosque!! estamos perdidos!...

Yo me desprendí de los brazos de Tchina, arrastrado por aquel vocerío de guerra.

Volví á ser el valiente, el formidable antropófago de aquellas selvas!

Los ingleses brotaban á millares, incendiando,

arrastrando, destruyendo como el Simoun, como el torrente, cuanto se oponía á su paso.

Bien pronto me ví aislado de mis guerreros, teniendo junto á mí á la hermosa Tchina, que me había seguido.

Un pelotón de enemigos, se dirigió hácia nosotros.

Venía al frente de él un jóven rubio, de ojos azules, pero de mirada muy fiera.

Se cumplía el vaticinio de Betjusa. Aquel debía ser mi rival.

Sentí al verlo algo monstruoso en mi interior.

—¡Miserable!— aullé dirigiéndome á él;—eres un cobarde, un infame, te has apoderado de la tribu por una traición!

—Báh! quién hace caso de los insultos de un negro,—me contestó en lengua del país y con un profundo desprecio.

Y luego con una seña, indicó á los suyos que nos sujetaran.

Los primeros que á mí se acercaban, caían como heridos por el rayo!

Maté más de veinte ingleses.

Pero llegó un momento en que el círculo de enemigos se estrechó, se comprimió, impidiéndome la defensa.

Yo no sé lo que pasó entonces en torno mío,

porque la cólera y la vergüenza de verme esclavo me hicieron perder el conocimiento.

.....

XIV

Telmo interrumpió su relato por segunda vez.

—Aquí acaba,—dijo variando de entonación,— la primera parte de mi historia.

Si estuvieras menos agitado, si el temor no ofuscase tu inteligencia, descubrirías ya el desenlace de tantos crímenes, de tantas infamias.

La narración del segundo período de mi vida, satisfará tu curiosidad y tu interés.

Oye:

XV

¿Cuánto tiempo permanecí sin darme razón de mis acciones, desde el terrible instante de mi cautiverio?

¿Dónde me encontraba, cuándo se calmó la tempestad de mi alma?

¿Cuál era mi suerte?

¿Qué debía esperar del porvenir?

A ninguna de estas preguntas supe contestarme.

Me hallaba solo y abandonado en un pequeño bohío de yeguas.

Ningun ser humano parecía habitarlo.

Pero aquella soledad y aquel silencio duraron muy poco.

La puerta del bohío se abrió, dando paso á dos hombres.

El uno era blanco, de buena estatura, de facciones pronunciadas y enérgicas. Tenía los ojos grandes, pardos, muy movibles y de un mirar traidor.

El otro era tan negro como yo, y más bajo que un hotentote, aunque también más recio en su constitución.

El primero vestía un traje completo de dril aplomado. Llevaba botas del mismo color y un sombrero de panamá, de alas bastante anchas.

El segundo tenía la cabeza y los pies descubiertos. Unos calzones rayados de azul y blanco y una camisa de idéntico dibujo, eran las dos únicas prendas que llevaba.

Un traje igual, exacto en un todo, al que yo vestía entonces.

Aquellos dos hombres se hablaron largo rato en un idioma para mí incomprensible.

No tardé mucho, sin embargo, en conocer lo que significaban sus palabras.

El negro iba armado de un látigo de cuero retorcido, y con él me ensangrentó el cuerpo de una manera brutal.

Mi estado de debilidad me impidió defenderme; pero ni un grito de dolor, ni una mirada de súplica dejé adivinar á mi verdugo.

—¡Tuya la culpa, engañar al amo, no querer trabajo!—repetía el negro á cada fustazo.

Yo oía aquellas expresiones sin entenderlas, y el silencio era mi respuesta.

El blanco contemplaba con indiferencia mi horrible suplicio; parecía tener un corazón de hiena, ó, mejor dicho, no tener corazón.

Más de treinta fustazos recibí en menos de cinco minutos, hasta que el dolor me hizo caer en tierra.

Entonces cesó el verdugo de martirizarme.

Volvieron á cruzarse algunas frases entre aquellas dos fieras, y luego abandonaron el bohío, dejando la puerta entornada.

XVI

Ya no debía dudar de que era esclavo.

Me esperaba una vida llena de amarguras, un tormento continuo, espantoso.

La hermosa Cafreria donde se deslizaron mis primeros años, donde fui jefe de una poderosa tribu, donde amé con todo el fuego de la juventud, la había perdido para siempre.

Estos dulces recuerdos del pasado agolparon las lágrimas á mis ojos, y la esperanza huyó de mi alma.

Era esclavo y no debía aguardar de mis semejantes, sino crueldad y desprecio!

Ah! Dios que vela por la humanidad, sin distincion de colores, endulzó mis pesares algun tanto.

En la entrada del bohío se delineó la figura de Tchina.

Al pronto creí que soñaba; pero transcurridos los primeros momentos de duda pude convencerme de que era ella, mi hermana querida!

Tchina estaba muy pálida, muy delgada, y sus

ojos revelaban una tristeza y un abatimiento profundo.

Nos miramos con una espresion de amargura infinita.

Ninguno de los dos nos atrevíamos á descorrer el velo de nuestras desgracias.

Tchina se acercó á mí, y me besó en la frente con la pureza de los ángeles.

—Hermano mío,—murmuró con la voz mojada en lágrimas,—al fin ha querido Dios concederte la razon; seis meses han pasado sin que atendiese á mis caricias, seis meses horribles. Oh! he sufrido más que tú, porque tú no podias darte cuenta de los sufrimientos, ni de la situación.—

—Es cierto; ojalá que la muerte me hubiera sorprendido en un estado de idiotismo, de estupidez, evitándome los dolores de la realidad. Estaba escrito! Betjusa cumplió su venganza, y nos es imposible luchar con las consecuencias de ella, somos muy débiles para contrarrestar el destino.—

Reinaron algunos momentos de silencio.

—No creas sin embargo—continué yo—que me acobarden los sucesos; puedes ahora mismo descubrirme el pasado y el presente sin temor alguno. Deseo saber las peripecias de mi vida durante esos seis meses.—

Tchina me miró compasivamente.

—No desees saber los acontecimientos que han de martirizar tu alma, no...

—Es preciso, Tchina,—dije yo interrumpiéndola,—quiero conocer hasta donde llega la caridad de mis semejantes!

Mi hermana permaneció silenciosa, como coordinando aquel relato en su mente y al fin dijo:

—Los dos perdimos el conocimiento en el instante de nuestra prision.

Tú abatido por la vergüenza y la cólera, y yo subyugada por el terror.

Mi desmayo debió durar muchas horas. Cuando desperté, nada pude distinguir en torno mío; lo envolvía todo la oscuridad.

Pero mis ojos se acostumbraron á las tinieblas, y entonces ví que estabas tú á mi lado, y más allá, en las profundidades de aquella cueva, divisé á Veret y algunos otros guerreros de la tribu.

La caverna me parecía á mí que andaba, que se movía lentamente.

Un ruido sordo, continuado, zumbaba en mis oídos, sin explicarme la causa.

Te dirigí la palabra repetidas veces y tú me mirabas sin contestarme.

Habías perdido e' recuerdo de todo. No me conocías.

Pasé mucho tiempo entregada al llanto y desconfiando de cuanto nos rodeaba.

Creí que nuestros enemigos habian determinado matarnos de hambre.

Empero esta sospecha se desvaneció apenas concebida.

La cueva se iluminó con la luz del día, y un europeo descendió á su interior, llevando alimentos necesarios para reponer nuestras fuerzas.

Todos, escepto tú, devoramos con ansia cuanto nos presentó el europeo.

Este me miraba fijamente sin perder uno solo de mis movimientos.

No pude adivinar qué intención se reflejaba en sus ojos, hasta que sus palabras pronunciadas en nuestro mismo idioma me dieron á entender que debía seguirle.

Así lo hice.

Abandonamos la cueva, y un espectáculo nuevo se ofreció á mi vista. Por todas partes descubría la mirada un mar borrascoso, que reflejaba en su inmensa superficie el color aplomado del cielo.

Una canoa de gigantescas proporciones, en nada comparable con las nuestras, nos conducía, avanzando rápidamente sobre las embravecidas ondas.

Parecía un mónstruo marino, que huía de la tempestad, antes que estallase.

El europeo me condujo á un pequeño recinto situado en la parte más ancha de la canoa.

Espera aquí—me dijo con amabilidad—nuestro capitán ó nuestro jefe desea verte otra vez. Creo que tu hermosura le ha interesado y tu suerte no será la del esclavo si correspondes á sus amores.

El guía desapareció dichas estas palabras sin darme tiempo para contestarle.

Su revelacion llenó mi alma de inquietud.

Me dispuse á luchar; prefería la muerte á la deshonra.

Los amores de un blanco me inspiraban desprecio.

Apenas estas reflexiones cruzaron por mi mente, sentí los pasos de una persona que se acercaba, y poco despues estuvo en mi presencia un jóven rubio, de ojos azules y escesivamente blanco.

Era el capitán.

No pude contener un grito de sorpresa y ódio, había reconocido en él al miserable que nos arrebató del seno de nuestra patria, al que despreció tus insultos y ordenó nuestra prision.

Se reproducía en sus ojos todas las pasiones de un alma mezquina y egoista.

Mal recibimiento me haces hermosa mía—murmuró de un modo indefinible y colocándose á mi lado.

El que mereces por tu conducta—le respondí sin titubear.

Mi conducta tiene su esplicacion: ¿qué haceis vosotros con los ingleses, cuando la suerte os favorece? No os ensañais, destrozando sus cadáveres? No llega vuestra crueldad, hasta el punto de devorarlos? En esta ocasión la fortuna ha estado de mi parte, y en vez de imitar vuestra antropofagia, oíto por venderos en otros países; prefiero el oro á la carne humana!

Había tal sarcasmo, ironía tanta en el acento del capitan, que sus frases produjeron en mi alma un dolor intenso.

No quise contestar á sus recriminaciones, y guardé un silencio desprecziativo.

—Prescindamos, hermosa mía,—continuó despues de una pausa,—de lo que ha sucedido y de la suerte que pueda caber á la tribu; tu belleza me ha interesado y estoy dispuesto á librarle de la esclavitud...

—A costa de mi cariño—le respondí indignada.—Si conocieras profundamente á los africanos, sabrías que estos no perdonan nunca á sus enemigos.

Tu proposicion aviva en mi alma el ódio que me inspiras.

—Tu lenguaje,—me contestó siempre con su sarcasmo,—no dá lugar á súplicas y no seré yo el insensato que recurra á ellas. Rechazas mis amores cuando los amores de un blanco debian

enorgullecerse; te ofrezco la libertad que es el ideal de la vida, á cambio de tu cariño, y tambien la rechazas. El mar será testigo de que obré con cuanta lealtad puede exigírsele á un negrero.

.

XVII

—Renuncio á referirte la escena que tuvo lugar en aquel instante: fué una lucha terrible entre la virtud y la fuerza, un símil de lo que sucede entre el pájaro y la serpiente, el milano y la paloma, la mosca y la araña; caí en su poder obedeciendo á esa ley eterna, de que los débiles hemos de ser víctimas!

—¡Miserable!—esclamé, interrumpiendo la narracion de Tchina, y en aquella frase iba espresado todo mi ódio y todo mi furor, al recordar la impotencia del esclavo.

Tchina continuó:

—Por media hora sufrí las caricias repugnantes de aquel hombre á quien aborrecía.

Pasado este tiempo, se presentó otra vez el europeo que me condujo allí.

—Jhon—dijo el negrero dirigiéndose al guía,— lleva esta mujer nuevamente donde estaba, prefiere la sentina del buque al camarote.

El guía cumplió aquella orden sin replicar.

Desde entonces transcurrieron muchos días de horribles padecimientos, pasados en la oscuridad y en el abandono.

El seductor se olvidó de mí!

En vano traté de hallar consuelo en tu compañía, inútilmente me esforcé por hacerte conocer nuestra situación; continuabas sin atenderme, abstraído, dominado tal vez por un pensamiento fijo.

Mis dolores habían acrecido, si esto era posible, con el estado de maternidad en que me encontraba.

Había enflaquecido en el fondo de aquella caverna.

No era ya la hermosa Tchina, como tú me llamabas en Africa.

Empero, todo tiene su término en la vida, y aquellos padecimientos lo tuvieron también.

Llegó un día en que volvimos á ver la luz del sol y el color del firmamento.

Nuestro viaje había concluido, se divisaba una

extensa costa, cuyos límites no podía abarcar la mirada.

Nos dijeron que arribábamos á Cuba, á una antilla española.

Desembarcamos en una playa desierta, donde permanecemos vigilados, esperando el retorno de un europeo que se había internado en la isla.

Al cabo de tres días volvió aquél acompañado de algunos naturales del país, que á cambio de oro se quedaron con nosotros teniendo la suerte de que uno mismo nos comprara á los dos.

Terminado este horrible tráfico, nos condujo nuestro dueño con muchas precauciones, á la quinta-ingenio en que hoy servimos.

Aquí variaron nuestros nombres, por medio de una ceremonia que llaman bautismo, y desde entonces pertenecemos como ellos á la Iglesia Católica.

Ahora tu nombre es Telmo y el mío Catalina.

Aquí tambien he aprendido el español, que es un idioma más rico y más bello que el nuestro.

El relato de Tchina me explicaba perfectamente lo sucedido durante aquellos seis meses.

El misterio de mi situación se había desvanecido.

Continuamos aún largo rato dialogando.

No quiero revelarte los descabellados proyectos que imaginamos para librarnos de la esclavi-

tud, ni las palabras de consuelo que mutuamente nos prodigamos, deseando atenuar nuestra desesperación.

Todo esto sería inútil y haría interminable mi historia.

Fingí resignarme con el destino y engañé á Tchina, haciéndola concebir una esperanza que estaba muy lejos de mi alma!

XVIII

Llegados á este punto de mi vida, has de permitirme una ligera disgresion.

Voy á hablarte de los amos que nos deparó la suerte, con cuanta brevedad me sea posible.

La quinta-ingenio "La Concepcion," era propiedad de los Mendozas.

El último descendiente de éstos, D. Alvaro, la había heredado de su padre, como éste años atrás del abuelo de D. Alvaro.

El de Mendoza era hombre que frisaba en los 40.

Se advertían en su rostro las huellas de esa ve-

jez prematura, que tiene su origen en el dolor y el desengaño.

Era alto, delgado, con los cabellos grises y los ojos grandes y negros.

Más adelante descubrí casualmente la historia de su tristeza, que reservo para otra ocasión.

Cuando conocí á D. Alvaro era viudo, su esposa había muerto en lo mejor de su edad y de su hermosura.

De este matrimonio tenía el amo una hija que contaba de 18 á 20 primaveras, cuya descripción es indispensable, porque Consuelo (así era su nombre), representó un papel importante en el drama que estoy desarrollando.

La joven estaba pálida, con esa palidez poética que tanto hizo suspirar á lord Byron; sus ojos negros, de un brillo irresistible, poseían todo el fuego, toda la voluptuosidad que Mahoma pudo imaginar en sus huríes.

Su cabellera negra y abundante, orlaba á semejanza de un marco de ébano, una frente tersa como la superficie del Ontario y más blanca que las espumas del Niágara.

Su boca pequeña, incitante, delineada por el rojo coral de sus lábios, parecía acariciar una ilusión de placer, acaso la imágen de un recuerdo candente.

De formas bellas, mórbidas, puras, voluptuo-

sas, aquella niña era un modelo perfecto para el estatuario, el delirio realizado de un poeta, la encarnación de la hermosura ideal, un ángel convertido en mujer.

Consuelo era la prometida de D. Diego Perez, que desempeñaba en la quinta-ingenio el cargo de administrador, ó mayordomo general.

Ya hice anteriormente el retrato de este personaje.

D. Alvaro guardaba á D. Diego infinitas consideraciones, distinguiéndolo siempre con su aprecio y confianza.

El administrador puede decirse que formaba parte de la familia de Mendoza.

Era el verdadero dueño de "La Concepción."

D. Alvaro no se ocupaba absolutamente del *ingenio*, ni aún de revisar las cuentas que le presentaba su administrador.

Consuelo hubiera apreciado mucho á este, por el celo y actividad que demostraba en fomentar los intereses de la hacienda, sino hubiera aspirado en recompensa á su cariño y á su mano.

Y lo más grave era que su padre apoyaba las pretensiones de D. Diego.

Dádote estos detalles necesarios para la comprensión de los sucesos, reanudaré mi relato.

XIX

Nada tan sorprendente y magnífico como las variadas escenas que presenta la naturaleza en América.

Si el genio de un artista fuera capaz de trasladar al papel, toda la verdad, todo el brillante colorido de esos maravillosos cuadros que realizó la inspiración de Dios, la fama llegaría á immortalizar su númen y la humanidad á esculpir su nombre en un libro de oro.

Qué bosquejo podré hacer yo que no sea pálido, débil é imperfecto!

¿Cómo describirte esas inmensas montañas coronadas de volcanes y cubiertas de nieve, tan antiguas como la creación del globo?

¿Cómo pintarte sus amenos valles de una profundidad asombrosa, regados por abundantes ríos é impetuosos torrentes?

Quien no haya visto la naturaleza en América, no puede comprender á cuanta fuerza de vida y esmalte alcanza aquella poderosa vegetación.

Dilatadas llanuras, espesos bosques, intermi-

nables de ciertos, cristalinos lagos donde se retratan como en mágicos espejos las bellezas del cielo americano, vistosas cataratas, cuyo estruendo se percibe á distancias sorprendentes, vertiginosos abismos, todo esto y mil y mil grandezas más, que el acento no sabe copiar del natural, forman el agreste paisaje de América.....

Empero te ofrecí continuar la relación de esta historia y mi entusiasmo me ha hecho divagar nuevamente.

Ya prosigo.

Era la hora del crepúsculo; una luz tibia, blanquecina, la luz del alba, iluminaba el espacio, presentando el firmamento como un inmenso pabellon de terciopelo color de nieve.

El puro ambiente de la mañana saturado con el aroma de las flores y las emanaciones de las plantas, convidaba al descanso y á la voluptuosidad.

Los pájaros perdidos en la enramada del bosque, entonaban dulces cánticos de amor, no imitados, ni reproducidos jamás por la voz humana.

La Concepcion en las primeras y últimas horas del día, era un verdadero edém, una copia exacta del paraíso que nos describe la Biblia.

Tú sabes que los crepúsculos en América son muy rápidos, á poco el oriente se colora de grana y un globo de fuego aparece en el horizonte.

A medida que avanza el sol en su imaginaria carrera, la blanquecina luz del alba se desvanece y el inmenso pabellón del firmamento, cambia su color de armiño, por un azul brillante y límpido.

La mañana á que hago referencia, me levanté con la aurora, abandoné el miserable bohío donde había pasado la noche y me interné en un espeso bosque de mangos, que distaba poco de él.

Tristes meditaciones abstraían mi pensamiento.

Cuando el esclavo se compara con otros seres inferiores de la creación, y vé que estos gozan de libertad, de vida, de espacio, siente en su alma aborrecimiento hácia sus semejantes y duda de la caridad y de la justicia humanas!.....

El rumor de una conversación, disipó en mi cerebro estas reflexiones.

Impulsado por un deseo desconocido procuré acercarme al punto de donde provenía, ocultándome siempre entre los árboles.

Muy pronto quedó satisfecha mi curiosidad.

Recostado sobre una hamaca de finísimo tejido, que pendía de las ramas de un frondoso mango, se hallaba D. Alvaro de Mendoza.

A corta distancia de él y sentado en una mecedora de mimbres, D. Diego Perez.

El rostro de éste revelaba una agitación pro-

funda, sus ojos brillaban con un vivo fulgor y en sus labios se advertía un temblor nervioso.

D. Alvaro, por el contrario, estaba como siempre, muy pálido, muy grave, parecía un cadáver galvanizado.

—Y bien, D. Diego, vais á recordarme sucesos que conozco mejor que vos y que me desagradan en extremo?

Estas fueron las primeras frases que llegaron á mis oídos.

—Vuestra indiferencia me obliga á ello. Sabéis que amo á Consuelo con delirio, que anhelo su mano, que sin su cariño me sería imposible vivir; y vos, lejos de favorecerme.... permitidme que guarde silencio en esta parte..... Creo que no habreis olvidado la palabra que me empeñásteis hace años!

—Es cierto y confieso que no fué meramente una palabra, sino un contrato. Ya veis, soy franco; pero os parece, D. Diego, que puedo mandar en el corazón de mi hija, como mando á un esclavo?

Me decís que Consuelo no corresponde á vuestros amores, que abriga en su pecho una pasión, cada vez más intensa, por su primo Arturo, á quien aborrecéis; está en mí evitar esto? vos que sois el amante, el candidato legal, debeis impedirlo.

—Me agrada vuestra manera de razonar! Si años atrás no hubiera sido lo previsor que era necesario, tal vez en esta ocasion me sería imposible haceros cumplir vuestra promesa. No ignorais empero que existe en mi poder un documento en que todo se halla patente. En mi concepto, vuestras palabras indican que habeis olvidado la historia de ese pacto y bueno será que se la recuerde porque estoy dispuesto á llevar este asunto al terreno que sea preciso.

Veinte años hace de aquellos sucesos.

Entonces, como ahora, teríamos ambos una misma edad.

Nos hallábamos en el período de la juventud, tan rico en perfumes y en ilusiones.

Vos habíais heredado de vuestro padre la quinta-ingenio La Concepción y yo á la vez del mio, el cargo de administrador.

Eramos los dos huérfanos y había mucho de semejante en nuestra vida.

Antes de la muerte de mi padre conocí á Amparo y conocerla y amarla todo fué uno.

Ella tambien correspondió á mi cariño.

Amparo era como sabeis hija única del administrador de la vecina hacienda.

Pasamos algun tiempo en relaciones y al fin se arreglaron nuestras bodas, aplazándolas para

cuando terminase el año de luto que llevaba yó, por la muerte de mi padre.

La fatalidad hizo que poco antes de espirar este plazo, conociérais vos á Amparo y sintiéscis por ella una pasión funesta.

Acostumbrado vos á satisfacer todos vuestros caprichos, por insignificantes que fueran, ambicionásteis realizar aquel deseo que se había apoderado de vuestra alma, aunque para ello tuviérais que luchar con el mundo entero.

Una noche me mandásteis llamar y cuando estuve en vuestra presencia, despues de mil rodeos y preguntas inútiles me hicísteis esta proposición:

—No sé si habeis oido decir que en nuestra sociedad todo se compra y se vende y que si algunos negocios no se llevan á cabo, consiste en la distinta manera de tasarlos.

—Y bien, qué consecuencia pensais deducir— os contesté—vais á negociar conmigo!

—Precisamente, y os dejo á vos las condiciones del trato; por tanto creo que nos arreglaremos.

—Sepamos qué es ello.

—Dentro de unos días tengo entendido que celebrareis vuestras bodas con Amparo de Guzman ..

—Sí, sí, es cierto, adelante.

—Pues bien, yo deseo que esas bodas no se realicen, porque amo á vuestra prometida. Sin ella, os sois franco, mi vida sería un infierno y la vuestra una continua zozobra. Espero que determinareis enseguida.

Aquella proposición me hizo comprender que conocíais profundamente mi alma y que la atacábais en su punto vulnerable, la ambición.

Reflexioné algunos momentos.

¿Cómo deshacer sin escándalo, os interrogué, un casamiento que está para realizarse? Cómo justificar mi conducta, sin que padezca mi dignidad, ni la de Amparo.

Había imaginado vuestras preguntas. Haced llegar á manos del padre un anónimo, figurando que otro os desacredita completamente y vereis como el Sr. de Guzman es el que toma la iniciativa, impidiendo vuestro casamiento con su hija. Ahora tasad este negocio sin rodeos.

—Dadme en pago de él, os respondí dominado por la codicia, la quinta-ingenio La Concepcion.

Titubeásteis antes de aceptar el crecido precio que os imponía.

—Acepto, dijísteis al fin, siempre que vos admitais una condicion: el ingenio os pertenece desde este instante y por tanto vuestras son sus rentas, pero habeis de permitirme vivir en él y continuar siendo aparentemente el dueño. Así

satisfacemos ambos, nuestros deseos, vos el de la ambición y yo el de la vanidad.

Aquella misma noche ajustamos un contrato bajo las condiciones citadas.

Al día siguiente todo se hizo á medida de lo que habíamos convenido, dando los resultados que eran de esperar.

Vos por gozar uno de vuestros caprichos, imitábais la conducta de Esaú.

Y yo vendía mis primeros amores, por una cantidad respetable.

¡Cosas del siglo!

Algunos meses después, fuísteis el prometido de Amparo y poco tiempo adelante el marido forzoso.

Amparo seguía amándome!

Consuelo es el fruto de vuestra unión y la causa inocente que condujo á su madre al sepulcro.

En 19 años ambos cumplimos al pié de la letra, el pacto que celebramos en aquella apacible noche.

Consuelo durante ese tiempo se formó, se hizo muger, acreciendo á la par en su natural hermosura.

Llegó á impresionarme su belleza, hasta el punto de sentir mi alma una pasión intensa, como la que en otra época la inspiró su madre.

Dominado por este amor os propuse mi unión

con Consuelo, y vos aceptásteis con entusiasmo porque así volvía la quinta-ingenio á vuestros herederos.

Hicimos un nuevo contrato con esta condicion, aunque sin fijar plazo para la boda.

Una circunstancia imprevista vino á destruir en parte mi felicidad.

La llegada al ingenio de vuestro sobrino Arturo de Soto, heredero universal de las inmensas riquezas de vuestro primo, su padre.

Durante la temporada que permaneció Arturo en la quinta, concibió por Consuelo un amor volcánico, que fué correspondido igualmente por su prima.

Los dos jóvenes, los dos hermosos, nada más natural que se adorasen con delirio.

Arturo os hubiera pedido la mano de vuestra hija, si hubiera ignorado el contrato que os ligaba conmigo.

Yo mientras tanto fingía no apercibirme de aquellos amores, ocultando en mi pecho un Vesubio de celos.

Vos calculásteis que las riquezas de vuestro sobrino equivalían á cien ingenios como el de la Concepcion, y os arrepentisteis de haber aceptado mi alianza.

Pero ya era tarde!...

Los marinos no saben vivir en tierra mucho

tiempo y Arturo abandonó La Concepción, continuando sus relaciones con vuestra hija por medio de cartas.

¿Habeis vos interceptado, como debíais esta correspondencia? Estais dispuesto á cumplir vuestra palabra?

Un día os doy para que mediteis y resolvais. De vos depende la terminacion amistosa de este asunto.

—Agradezco vuestra franqueza,—repuso don Alvaro con sarcasmo,—mañana sabreis á qué ateneros.

D. Diego se levantó entonces, alejándose del bosque, y el de Mendoza continuó recostado indolentemente sobre la hamaca.

XX

Este interesante diálogo tuvo lugar tres meses despues de mi primera entrevista con Tchina en el bohio.

En el trascurso de ellos me resigné con los rudos trabajos á que me dedicaron y á pesar de está, más de una vez ensangrentó mi cuerpo el

capataz de negros, que era el cruel hotentote que ya conoces.

En aquellos tres meses llegué á hablar el español con alguna facilidad, gracias á lo indispensable que era para entenderse y tambien á las lecciones de Tchina.

Esta en aquel tiempo había perdido mucho; cada día estaba más pálida, más delgada. Sus negros ojos, antes llenos de expresion y de vida, apenas conservaban el brillo propio de la juventud.

¿Había influido en esto el misterioso zumo de la planta que exprimí Betjusa en sus lábios?

Hasta entonces seguía siendo un secreto, que únicamente el santón, levantándose de la tumba, podía revelarnos!

Lo cierto, lo terrible, era que Tchina, á medida que se acercaba al momento de la maternidad, se aproximaba tambien al de su muerte.

Iban á converger tal vez!

Aquel mismo día, por la tarde, se verificó una escena, que jamás se borrará de mi mente.

XXI

El crepúsculo vespertino es más rico en perfumes y en armonías.

Su ténue resplandor, que anuncia las sombras de la noche, comunica al paisaje un tinte melancólico.

El canto de los pájaros se hace cadencioso y triste, como una balada alemana.

El murmullo del arroyo remeda el quejido de un moribundo.

El bosque permanece silencioso, sin ecos; la brisa no agita sus frondas.

Todos estos melancólicos encantos de la naturaleza en los últimos instantes del día, despiertan en el alma el sentimiento de los recuerdos, simbolizando gráficamente la vida humana!

La luz crepuscular penetraba débil, apagada, en el fondo de aquel miserable bohío, donde recibí el bautismo de sangre!

Tendida en el suelo, con la mirada vaga, los labios secos, el rostro cadavérico, se hallaba Tchina.

Junto á ella había una hermosa niña recién nacida.

Yo era el único que velaba el dolor y la inocencia de aquellos dos seres.

Sentía en mi alma ese vacío que dejan en p6s de sí la duda y el sarcasmo.

Habría castigo para el infame per cuya ambición y maldad, nos veíamos reducidos á tan miserable estado?

¡¡Qué pena merecen los negreros!!

Tchina distrajo mi alma, concentrada hasta entonces en sombríos y criminales proyectos.

—Telmo—exclamó con el acento apenas perceptible,—escúchame; tú que me has amado siempre, primero con el delirio del enamorado, después con el puro cariño del hermano, cumplirás mi última voluntad, el postrer deseo de mi corazón..... no es cierto?

Guardé un silencio elocuente, el llanto ahogaba mi voz.

Yo sé—continuó Tchina—que mi vida se apaga tan rápida como el crepúsculo que nos alumbra. Si no quedases tú en el mundo para proteger á mi hija, mi sufrimiento al morir sería horrible... no veas en ella una prueba de deshonra, ni un eterno recuerdo de venganza, no! ten presente que es mi hija!! Oh! prométeme, hermano mío, que lucharás con todas tus fuerzas por librarla de

la esclavitud, yo no quiero que sea esclava, yo no quiero que la martiricen... y sobre todo,—Tchina me miró profundamente,—júrame por la salvación de tu alma impedir que el anatema del cielo caiga sobre su cabeza!!

Tchina hizo una pausa; al llegar á este punto, se hallaba muy fatigada.

Su acento era cada vez más débil, más apagado.

Sus ojos se oscurecían por instantes.

En vano trataba en mi delirio de animar aquel cuerpo, de prestarle parte de mi vida.

Reinaron algunos momentos de absoluto silencio.

—Sí! no te asombres—prosiguió mi hermana—el anatema de Dios.

Betjusa se ha levantado del sepulcro; lo he visto, he oído su voz!...

Venía á revelarme un terrible secreto, que la muerte había cortado en sus labios. Necesitaba satisfacer la última deuda de su conciencia...

Recuerda que una noche en la Cafrería, el santo se acercó á mi lecho y aprovechándose de mi sueño, exprimió en mis lábios el jugo de una planta!..

Cuál era su intención? cuáles los efectos de aquel bebedizo? El lo ha dicho, sí, le guiaba la venganza, haciendo que nuestros descendientes

se amasen unos á otros con un amor maldito, como el que á nosotros nos inspiró!!...

Rotben, salva á mi.....

Tchina volvió á desfallecer, le abandonaban las fuerzas.

Sus palabras se hicieron ininteligibles.

Con su mirada me indicó que se moría.

Rápido como el relámpago me aproximé á ella, pero logré tan solo abrazar á un cadáver!

.....
En el paroxismo de mi desesperación, juré vengarla.

XXII

Por algunos momentos permanecí inmóvil, contemplando aquel cuadro desgarrador!

Mis ojos se fijaron involuntariamente en la hermosa hija de Tchina.

¡Qué suerte esperaba á la infeliz!

Había visto la luz del mundo para ser mártir!

¡Horrible contraste!

El cadáver de la madre, junto al fruto de sus entrañas!!

El principio y el fin de la vida en un solo cuadro!!...

La inteligencia humana, siempre activa, hizo que á tan desconsoladoras reflexiones se sucediera una idea, una esperanza.

Recordé el juramento empeñado á Tchina de librar á su hija de la esclavitud, y me dispuse á cumplirlo. Cogí entre mis brazos á la recién nacida, y con ella abandoné el bohío.

La noche era hermosa, apacible; brillaba en el espacio el melancólico satélite de la tierra, rodeado de innumerables y centellantes estrellas.

Impulsado por mi deseo de libertad, salvaba velozmente las distancias, ansiando trasponer los límites de la Concepción.

De pronto, á la salida de un bosque, se cruzó en mi camino un hombre.

Me hice algunos pasos atrás, dispuesto á rajarle de un machotazo.

Prefería morir, á ver desvanecida la única esperanza de mi alma.

—Tente—gritó aquel hombre al adivinar mi intención y con voz segura,—si me has tomado por tu enemigo, sabe que es la primera vez que nos vemos.

Sus palabras me tranquilizaron.

El que así me habló era un jóven de escasa edad, de buena estatura y bella presencia.

Vestía un traje negro, que llevaba con elegancia y desenvoltura.

—¿Qué idea os guía á la Concepción—le pregunté yo después de este exámen y sin perder mi actitud amenazadora.

—No tengo inconveniente en descubrirte mis proyectos; he comprendido que eres un esclavo que hayes en busca de la libertad y, por tanto, nada debo temer de tí: me guía á la Concepción el amor.

—Sois acaso Arturo de Soto?—dije yo recordando la historia escuchada aquella mañana.

—El mismo,—contestó el jóven;—conoces también mis proyectos?

—Sólo sé que amais á 'a niña Consuelo con delirio. Si mi ayuda os sirve de algo en esta empresa, contad con ella; basta que odie á D. Diego Perez, para que os favorezca á vos.

—Acepto tu ofrecimiento, y en pago de él prometo á mi vez librarle de la esclavitud.

Esta promesa llenó mi alma de alegría. Al fin iba á realizarse mi esperanza y á variar con mi suerte, la horrible de la hija de Tchina.

—Se trata,—continuó Arturo,—de un rapto, todo está prevenido; fuera de la Concepción, en

la carretera, hay una silla de posta que nos conducirá muy lejos de aquí.

No perdamos tiempo en más explicaciones; sígueme.

El jóven se puso en marcha, y yo le seguí de cerca.

Anduvimos silenciosos largo rato, hasta descubrir la casa de mis amos, que se elevaba en una plazoleta circunvalada de árboles.

Arturo se detuvo entonces.

Sus lábios produjeron un silbido muy ténue, que sólo hallándose prevenido podía notarse.

Inmediatamente brilló en una de las ventanas del edificio una luz, indicando que la señal había sido atendida.

—Espera aquí—me dijo Arturo—y avísame si somos descubiertos.

Hice un movimiento afirmativo de cabeza.

El jóven se alejó, siguiendo siempre la sombra de los árboles.

Algunos momentos después, y acompañado de Consuelo, se reunió á mí.

La hija de D. Alvaro iba envuelta en un ancho albornoz blanco, que llevaba con suma gracia y coquetería.

Su divino rostro revelaba fielmente la agitación y temor que sentía su alma, al abandonar la casa paterna en brazos de su amante.

—No hemos sido observados?—me preguntó Arturo.

—Ni una sombra ha cruzado la plazuela,—respondí inspirándole confianza con mi tranquilidad.

—Ya oyes, prima mía,—dijo el jóven,—nada debes temer, un éxito feliz corona nuestra empresa, apóyate en mi brazo y aprovechemos los instantes.

Arturo ofreció su brazo á Consuelo con verdadera galantería.

La jóven se apoyó en él, pagándole con una sonrisa sus cuidados.

Emprendimos nuevamente la marcha, procurando ganar los límites de la Concepción ocultos siempre entre el arbolado.

Inesperadamente y cuando más confianza abrigábamos de realizar el rapto sin percance alguno, nos salieron al encuentro dos hombres que dispararon sobre nosotros sus armas de fuego.

Las balas pasaron silbando en torno nuestro, sin que ninguno fuésemos víctimas de ellas.

Los que habían descubierto el rapto, eran don Diego Perez y el hotentote capataz de negros.

Arturo se acercó á mí para darme un revólver de doce tiros.

—No hay que acobardarse.—me dijo con entereza,—juguemos el todo por el todo.

—Os dispenso la observación,—respondí con

acento colérico,—porque no me conocéis; salvad vos á la niña Consuelo, que yo protejo la retirada.

Arturo, aceptando mi advertencia, se alejó con la jóven rápidamente.

—Huí!—gritó D. Diego Perez lleno de coraje y precipitándose trás el sobrino de D. Alvaro.

Pero en aquel momento disparé sobre el administrador con tan buena suerte, que le hice detenerse, vacilar y caer en tierra.

Confundido con la detonación de mi revólver, descargó el hotentote el suyo.

La bala se estrelló en el tierno pecho de la recién nacida, arrebatándomela de los brazos.

Aquella fué la señal de esterminio.

Loco, frenético, dí un salto de pantera y descargué á boca de jarro sobre el capataz los once tiros restantes.

.

Algunos minutos después alcanzaba á Arturo y á Consuelo y más tarde nos hallamos los tres fuera de la Concepción.

Ya era tiempo, el tiroteo había producido la alarma consiguiente.

Nos precipitamos á la silla de posta y un instante después, partió aquella con la velocidad de un trueno.

XXIII

Algunos días después de esta escena y á bordo del *Hugo de Moncada*, contemplaba desde cubierta la puesta del sol y los nubarrones que iba amontonando el viento en nuestro horizonte.

El mar! ¿Qué influencia poderosa ejerce en el corazón humano? Qué semejanza existe entre ambos?...

¿Es acaso que el corazón, como el Oceano, tiene sus tempestades, sus huracanes y tambien sus días de bonanza y de calma?...

¿Quién al ver un mar azul, tranquilo, rizadas dulcemente sus aguas por la juguetona brisa de la tarde, no ha creído escuchar en sus murmullos, las caricias, las quejas, los suspiros de alguna persona querida?

¿Quién al contemplarlo irritado, borrascoso, cuando eleva sus rugientes ondas hasta las nubes, dejando entrever sus profundos y misteriosos senos, no ha dirigido desde lo íntimo del alma una plegaría á su Creador!...

En aquellos momentos se aglomeraban á mi mente todos los recuerdos de mi vida pasada, ora

representándome las terribles escenas de la Cafretería, ya el horroroso martirio del esclavo, ora, en fin, la sangrienta catástrofe á que debía la libertad.

¡Cuántos crímenes, cuántas lágrimas, cuántos sufrimientos en el corto trascurso de 21 años que entonces contaba!

¿Qué había hecho de la hermosa hija de Tchina?

¿No había jurado defenderla de todos los peligros; libertarla y protegerla en todas las situaciones de su vida?

Ah! era libre á costa de sangre inocente.

Este recuerdo envenenaba mi alma!

.

Acerca del rapto de la niña Consuelo se hicieron los comentarios naturales.

Era casi evidente que D. Diego Perez había sorprendido la correspondencia de Arturo con su prima y avisado del peligro trató de impedirlo con la ayuda del capataz de negros.

Tal vez hubieran fracasado los planes del sobrino de D. Alvaro, si yo no hubiese protegido su retirada.

Los jóvenes se casaron secretamente aquella misma noche en un pueblo de la Isla.

Arturo lo había preparado todo de antemano, y

el cura esperaba la llegada de los amantes, para echarles la bendición.

Los jóvenes dirigieron una extensa carta á don Alvaro explicando su conducta y advirtiéndole que abandonaban la Isla, hasta que se desvaneciesen los rumores que aquel terrible suceso produciría, pero prometiéndole reunirse á él tan pronto como la justicia echase tierra al asunto.

En efecto, al día siguiente nos embarcamos en el vapor *Hugo de Moncada* de que era capitán y propietario Arturo de Soto.

Explicado porqué me hallaba yo á bordo, proseguiré narrándote nuevos sucesos.

El sol había traspuesto los confines de Occidente.

Algunas nubes teñidas de púrpura por la refracción de sus rayos, indicaban todavía su proximidad en aquellos horizontes.

Los nubarrones que ennegrecían el Oriente, impulsados por un desencadenado E. se amontonaban sobre nuestras cabezas, amenazando de un momento á otro estallar borrascosamente.

La mar estaba gruesa.

Se veían agitarse, bullir las aguas en todas direcciones, formando inmensos remolinos.

Navegábamos á palo seco, pero con una rapidez vertiginosa.

Se había recogido todo el velámen y amortiguado el fuego de las calderas de vapor.

El vendabal nos era favorable y nos arrastraba con una velocidad espantosa.

Un intenso y azulado relámpago fué la señal que esperaron los elementos para desequilibrarse completamente.

El huracán rugió, agitando con violencia las jarcias y las vergas y haciendo crugir los palos y sus masteleros.

El mar imponente, avasallador, elevaba á *Hugo de Moncada* 12 metros en la cúspide de sus ondas, haciéndole luego descender 24 á sus líquidos senos.

En aquel instante se acercó á mí el contra-maestre, ordenándome abandonar la cubierta.

Con sentimiento descendí á la cámara de proa donde tenía mi litera.

Un temor vago, indeciso hacía latir fuertemente mi corazón.

Este temor aumentó, cuando sentí cerrar la escotilla que daba entrada á la cámara.

Era indudable que el temporal requería todas aquellas precauciones y que corríamos un peligro inminente.

Por algun tiempo escuché las voces de mando comunicadas por el segundo, con su silbato de reglamento.

Pasó una hora.....

Mi ansiedad no había disminuido, ignoraba aun el desenlace de aquella terrible lucha con los elementos.

De repente percibieron mis oídos la detonación de un cañonazo, que retumbó en mi cerebro como un eco de muerte.

Debía ser la señal de socorro...

...Luego sentí estremecerse la cubierta, noté pasos precipitados en todas direcciones, oí lamentos, blasfemias y los horribles gritos ¡á las lanchas!... á las lanchas!

Adiviné el peligro en toda su extensión y comprendí que únicamente con serenidad podía salvarme.

Sin perder un instante hice un esfuerzo sobrehumano para abrir la escotilla.

Las hojas de ésta crugieron al impulso de mi brazo, abriéndose al fin violentamente.

Una catarata de agua se precipitó en el interior de la cámara, arrastrándome un momento, mientras pude sugetarme á la balaustrada del caracol.

Aquel inmenso oleaje cesó algunos segundos y entonces gané la cubierta.

Hugo de Moncada estaba desconocido completamente. El huracán había roto los palos mayores y arrebatado sus crucetas, arrancando también

las batayolas y todo cuanto existía sobre cubierta. No quedaba de él más que el casco medio sumergido en el Océano.

A poco faltó el punto de apoyo á mis piés y tuve por precisión que nadar.

Los relámpagos reflejaban su lívido fulgor en la vasta y agitada superficie de las aguas.

Mis ojos alcanzaron á descubrir á favor de la chispa eléctrica algunos botes ocupados por la tripulación.

Grité inútilmente pidiendo socorro. Aunque mis voces hubieran sido escuchadas, era imposible dar dirección á las lanchas, en aquellos espantosos remolinos.

Comprendí que si llegaba á salvarme, lo debería á mis fuerzas.

Nadando unas veces, dejándome conducir otras por el violento oleaje, me sorprendió la alborada cerca de unas costas.

La vista de tierra hizo renacer en mi alma la esperanza.

Luché con arrojo más de una hora, pero á medida que me aproximaba á la costa mis esfuerzos eran nulos, para vencer el empuje de las olas.

Quizás hubiera muerto estrellado contra una roca, sin el auxilio de un viejo, que observando

mi desesperación desde un principio, me recibió en sus brazos.

.....
Había arribado á Aguadilla.

El viejo era el sepulturero de S. Carlos.

XXIV

Aquí empieza el epílogo de mi vida.

En él debo declarar que nada volví á saber de Arturo ni de Consuelo.

Tal vez fueron víctimas del naufragio, tal vez favorecidos por la suerte pudieron salvarse, y vivan felices en la actualidad al lado de D. Alvaro.

En este punto de mi historia no me es posible hacer más que hipótesis.

.....

XXV

Pedro se llamaba el viejo que me había depa-
rado la Providencia.

Era, como te he dicho, sepulturero en el cemen-
terio de S. Carlos.

Conmovidó con el relato de mis desgracias, me
condujo á su lúgubre vivienda compartiendo
conmigo su pan, pero no su trabajo.

La vida pasada de Pedro fué siempre para mí
un misterio indescifrable.

Parecía haber disfrutado en sus primeros
años de esas mil comodidades que proporciona
el dinero.

Se advertía en él modales elegantes, aristocrá-
ticos. El miserable trage que vestía se despega-
ba de su cuerpo, acostumbrado, sin duda, en otro
tiempo á lucir ropas costosas y de moda.

En medio de su pobreza había conservado una
colección de libros, en los que leía y meditaba
muchas horas.

Su conversación era sumamente agradable, se
adivinaba en sus narraciones al hombre instrui-



do y versado en todos los ramos del humano saber.

Quién fuera el tío Pedro y qué desventuras podrían haberlo conducido á aquel estado, repito que nunca llegué á descubrirlo.

Algunas veces le sorprendí arrodillado delante de un nicho y llorando como un niño.

Aquel nicho tenía una lápida y en ella estampado con letras doradas el siguiente epitafio:

S. G. H.

Aquí yace Maria Teresa de Silva, muerta en la primavera de su vida. Año de 18...

Es cuanto puedo decirte acerca de mi antecesor.

XXVI

Más de dos años permanecí á su lado.

Durante este tiempo llevó á cabo la enojosa tarea de enseñarme algo de lo mucho que sabía.

Gracias á los estudios que con él hice, he po-

dido referirte novelescamente la historia de mi vida.

Una tarde me llamó el tío Pedro á la cabecera de su lecho de muerte.

—Telmo—me dijo—he conseguido del Ayuntamiento que seas tú el que me suceda en el cargo de sepulturero; con el jornal que te corresponde tienes para vivir: si atiendes los consejos que me dicta la experiencia, todavía serás feliz cuanto es posible en la tierra. Olvida por completo tu pasado, renuncia á todo proyecto de venganza contra el infame negrero que te arrebató de la Cafrería para venderte y esclavizarte. Que los crímenes que has cometido sean el objeto, la causa de tus lágrimas, y tu penitencia enterrar á los muertos!..

El anciano calló; algun angel debió bajar del cielo á recoger su alma tan hermosa como las que moran en el Paraiso.

XXVII

Transcurrieron algunos meses de este triste suceso.

Llegó la víspera del día de hoy.

Las campanas de la iglesia de Aguadilla doblaban á muerto.

El viento traía hasta el cementerio los ecos fúnebres de sus lenguas de metal.

Se celebraba el entierro de un rico!

Las principales personas de la villa habían sido invitadas á esta lúgubre ceremonia.

A las seis de la tarde penetró el féretro en el campo-Santo, acompañado de todos los que se vendían á la desolada familia por amigos del finado!

Mis ojos se fijaron involuntariamente en un joven rubio, que formaba parte de la comitiva y que se hallaba junto á mí.

Apenas si pude ahogar un grito de cólera al reconocerle.

¡¡Era el negrero!!

El infame que sedujo á la hermosa Tchina.

El que había convertido mi tribu en una cuadrilla de esclavos.

Era nuestro verdugo enriquecido con nuestra venta.

Hice un poderoso esfuerzo para contenerme, procurando apagar el siniestro brillo de mi mirada.

Los sufrimientos habían desfigurado mi rostro, encanecido mi cabeza hasta el punto de parecer un viejo decrepito.

Era imposible que aquel miserable me recordase. Entre Rotben y Telmo existía una diferencia profunda, el abismo de mis dolores.

—Querido—decía el negrero á un joven que estaba á su lado,—hoy hemos perdido el baño; mañana es preciso que ninguno de los dos faltemos. Ya sabes, á las cinco de la tarde en las Piedras.

—Descuida—contestó el jóven—hoy el obstáculo ha sido el entierro, pero mañana...

En aquel momento y terminada la fúnebre ceremonia, abandonó la comitiva el cementerio y no pude escuchar más de este diálogo.

.

XXVIII

Al siguiente día, es decir, hoy á las cuatro de la tarde abandoné el Campo-Santo y me dirigí á las Piedras, ocultándome tras una roca.

A la hora de la cita asistieron los dos amigos.

Ambos sabían nadar, y bien pronto se separaron uno del otro.

Entonces me arrastré como una serpiente, des-

de la roca hasta el Océano y empecé á nadar entre dos aguas.

No tardé mucho en alcanzar al negrero, que se creyó cogido por un tiburón.

—Infame—exclamé con acento colérico—llegado la hora de mi venganza y justo es que pagues todos tus crímenes con tu vida!

Yo soy Rotben, aquel jefe de tribu á quien esclavizaste en la Cafrería!

Yo soy aquel negro cuyos insultos despreciaste!!

Preciso es que tu sangre lave la deshonra de mi hermana y que calme mi sed de antropófago!

El negrero no podía contestar á mis insultos, ni pedir auxilio á su amigo, se ahogaba entre mis manos.

Por algunos minutos me gocé en aquella espantosa agonía, que concluí dándole un terrible machetazo en la cabeza!

Era mi última hazaña.

.

Cuando Telmo terminó su palpitaute narración, yo estaba pálido como un cadáver, parecía que un vampiro había apurado toda la sangre de mis venas!

Las convulsiones del corazón habían degenerado en un temblor constante, violento...

Mis ideas empezaron á confundirse... Una nube de sangre obscureció mi vista, é instantáneamente caí en tierra, como herido por un rayo...

No sabré deciros el tiempo que permanecí en aquel estado.

Cuando volví á la vida, lancé un grito horrísimo, desgarrador, grito que parecía llevarse tras sí el alma, y abrí los ojos.

Me hallaba en mi lecho, rodeado de mi familia.

A la cabecera de la cama había sentado un anciano venerable.

Era el P. Pulido, doctor en Medicina.

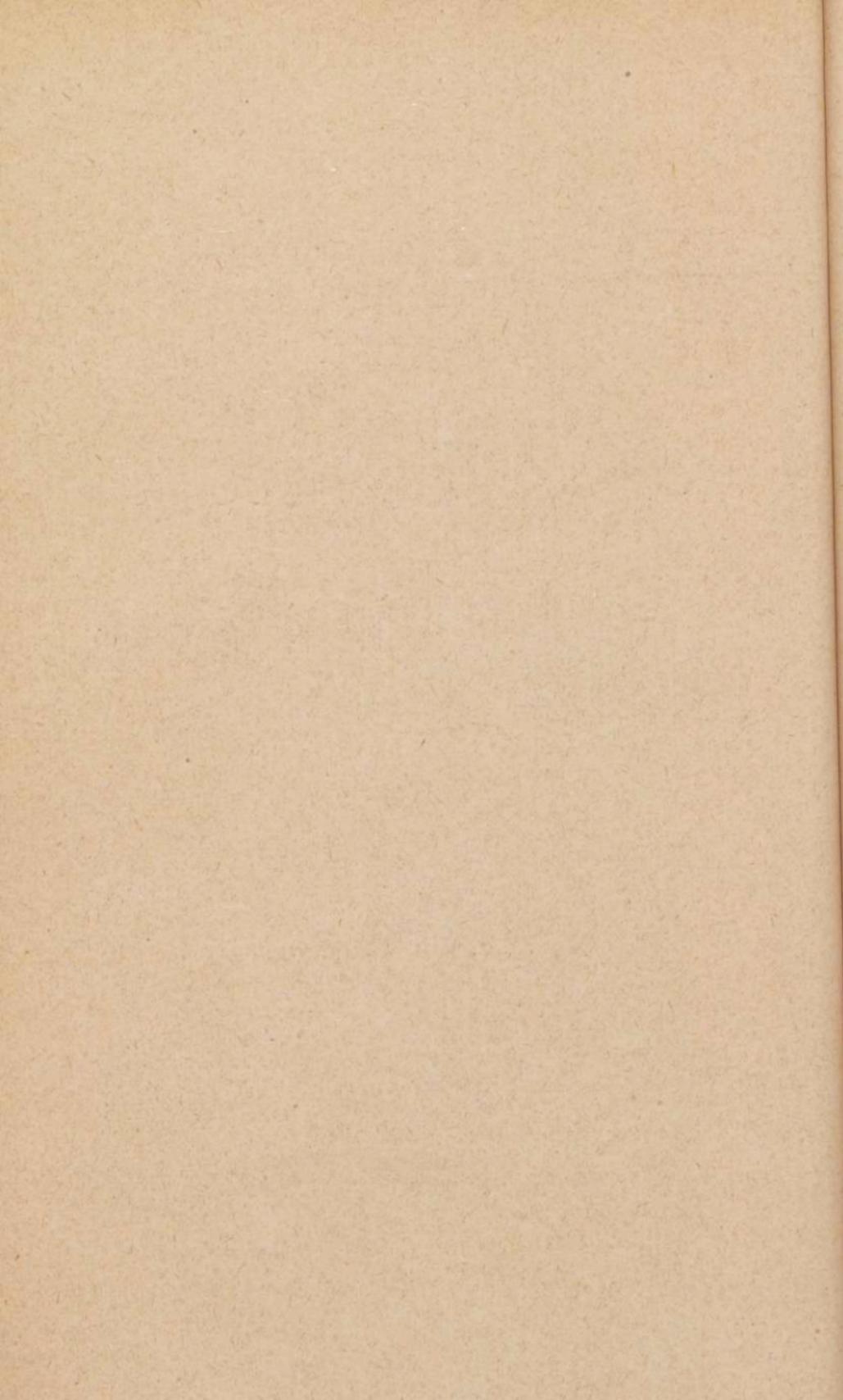
Discípulo á par de H. C. y de Esculapio.

—Caramba! hijo mío—murmuró aquel anciano con dulzura,—has tenido una fiebre espantosa, has delirado toda la noche.

.
Oh! todo había sido un sueño, una pesadilla horrible.

FIN

LA CRUZ NEGRA



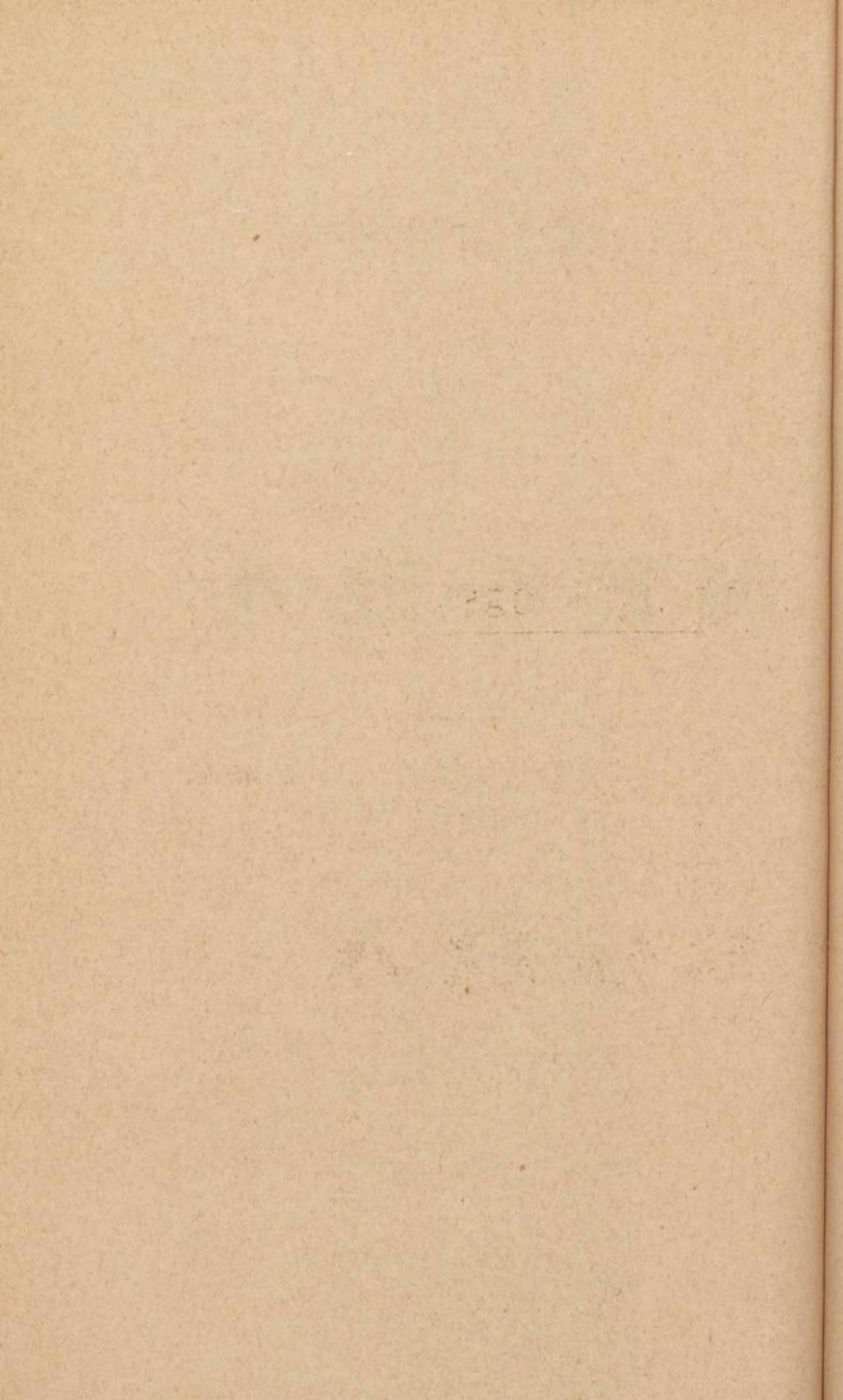
GERARDO DE CASTRO

LA CRUZ
NEGRA

TRADICION



MÁLAGA
Tipografía de Las Noticias
1891



A Gonzalo

Hermano mio:

Identificado con el dolor desde mis primeros años, mi pluma se resiste á describir la alegría de los dichosos!

Seríame imposible disfrazar mis lúgubres pensamientos, bajo el risueño manto de la felicidad.

Su forma en el lenguaje son las lágrimas!

Como una amarga manifestacion de mi alma, considerar puedes la sombría historia que para tí he escrito.

Si el estilo es el hombre, **La Cruz Negra** te dará á conocer mi modo de sentir.

Las deudas del agradecimiento son sagradas y eternas.

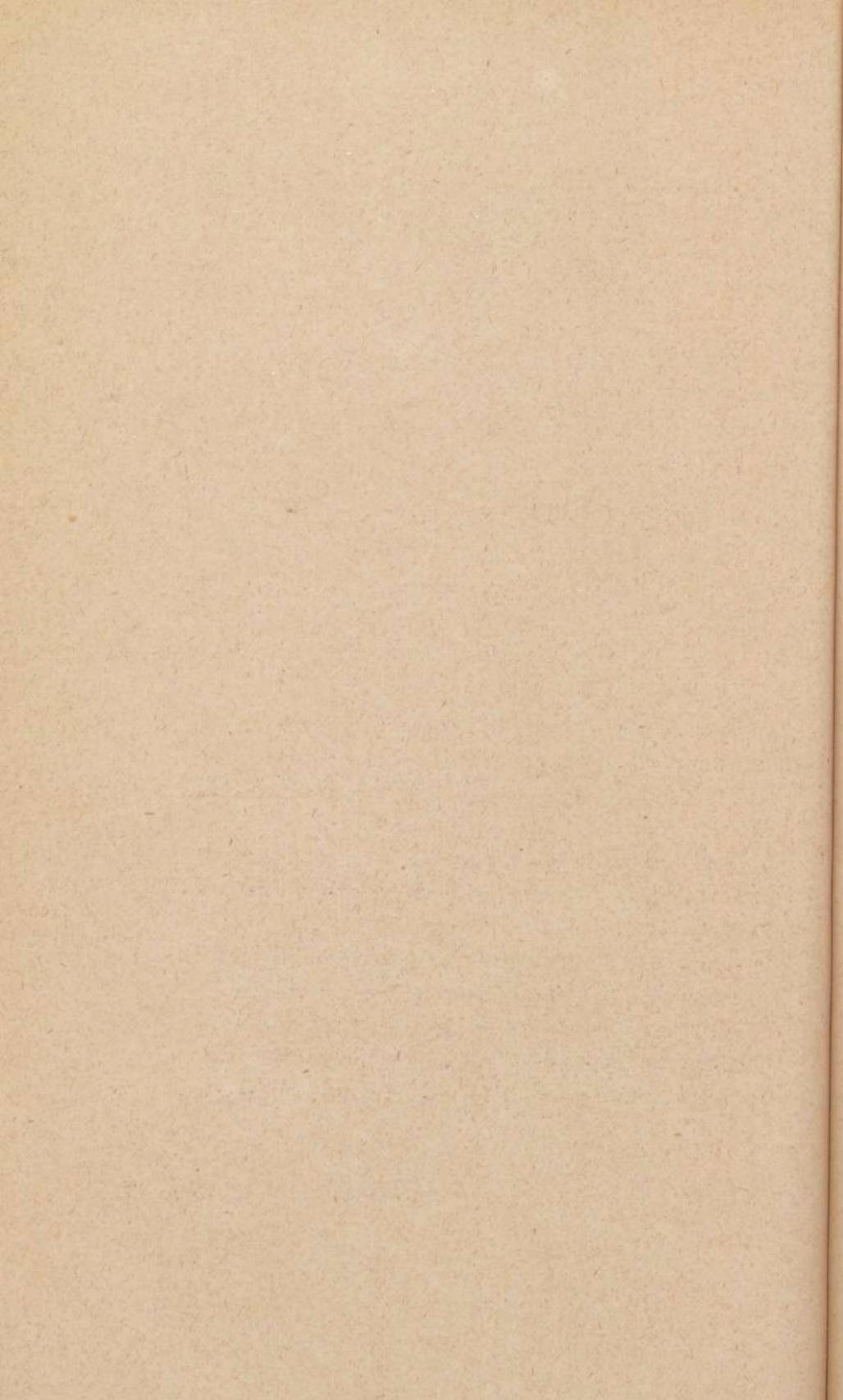
Al frente de tu grandioso poema **A orillas del mar** has colocado mi modesto nombre.

El tuyo, brillante en la república de las letras, será un cariñoso escudo de mi obra contra los justos ataques de la crítica.

Tu ternura y tu talento han sabido vivificar en el mágico rosal de la literatura, una espléndida y temprana flor que á mi recuerdo dedicas.

Mi tristeza y mi insuficiencia tan sólo ofrecerte pueden una marchita rosa sin perfume y sin colores.

GERARDO.





I

Brenda contaba apenas 16 años.

Era hermosa como la idea que tenemos de los ángeles y apasionada como esas flores que entreabren lascivas sus corolas al primer beso del aura.

Poseía una belleza lánguida, artística, arrebatadora, capaz de enardecer la dormida inspiración de otro Rafael de Urbina.

Era además muy blanca, con la blancura pálida, amorosa, poética de la razas meridionales.

Sus ojos negros como lo desconocido de un abismo, estaban animados por el magnético destello de la tentación; atraían, fascinaban al deseo.

Negros eran también sus cabellos, sedosos y abundantes, rico adorno de ébano que ornaba una frente de alabastro, donde lucía la pureza y la majestad de su alma.

Su boca, contorneada diminutamente por el granate sío de sus labios, semejábase á un clavel rojo, hasta en el perfume que emanaba de ella.

Las formas todas de su cuerpo hubieran podido servir de modelo á Praxiteles para su correcta obra, la Vénus del Guido.





II

Brenda amaba con delirio, con locura, como solo una vez en la vida amamos.

Por un misterio del corazon, habia cifrado su cariño en un ser deforme, desprovisto de belleza real, sin encantos ni atractivos materiales, que pudieran halagar sus sentidos ó su orgullo de mujer.

Aquella pasion habia brotado en el fondo de su alma engendrada por la caridad, como la nube por los vapores, como el azul del firmamento por las refracciones solares.

El amor de Brenda semejante á un Oceano tempestuoso, habia roto los diques de la hermosu-

ra física, para desbordarse, arrullar y gemir en la inmensidad de otra alma como la suya.

La simpatía es el magnetismo de los espíritus.

Dos seres entre los cuales exista consonancia, identidad, armonía de afecciones y deseos, se atraen, se enamoran, llegan á confundirse.

Por eso los amantes tienen una sola aspiración una sola idea, un alma que anima dos cuerpos.

Brenda privada desde su más tierna infancia de los cuidados y del cariño materno, había crecido como la violeta entre las rocas, condensando en su corazón ese perfume de la vida que llamamos amor.

Su padre era un hombre de cincuenta años, grave, rígido, despótico, incapaz de sentir ni de comprender la ternura filial.

Un verdadero noble del siglo XVI arruinado por el juego que había ido á sepultarse con su vanidad, sus preocupaciones y sus vicios, en un pardo torreón que arrebataron sus mayores á los árabes.

Brenda le respetaba sin amarle y le obedecía por temor.

El fuego de su juventud y la nieve de aquella frialdad sincera ó fingida no podían avenirse.

Brenda buscó en otro corazón el cariño que su padre le negara.

Un compañero de su infancia, con el que había

compartido los dulces goces de la inocencia, fué el depositario del bendito tesoro de su adoracion.

De niños: Brenda y David sintieron recíprocamente el afecto que nace de la identidad y armonía de aspiraciones.

De adolescentes: el afecto se convirtió en pasión y se amaron con la locura del primer delirio.

David era hijo de un viejo mayordomo que no quiso abandonar al arruinado noble en su desgracia.

David había visto la luz del mundo á costa de la existencia de su madre.

Su nacimiento fué muy aciago.

Una caída de aquella santa mujer en los últimos días de su embarazo, le privó para siempre de la esbeltez y de la gallardía.

¡Nació contrahecho, jorobado!

Tal vez este defecto físico fuese la causa de su eterna tristeza.

David tenía un carácter melancólico, apasionado, bello.

En la deslumbrante mirada de sus ojos negros y expresivos, se adivinaba la chispa del genio que los hacía brillar.

Brenda se enamoró de aquella alma generosa, que únicamente á la suya había descubierto su grandeza y su hermosura.

David en el trato social, ocultaba su dolor y sus sentimientos bajo la máscara de un refinado sarcasmo.

Solo los jóvenes conocían el cariño que mutuamente se profesaban.

Sus amores eran unos amores misteriosos, llenos de encanto é ignorados del mundo.

En el silencio y la soledad de la noche se veían y se hablaban con el dulce lenguaje de la pureza!





III.

Las ruinas del árabe castillo donde vislumbraron la primera luz los hermosos ojos de Brenda, se elevaban en un terreno accidentado, fuertemente poético, cubierto de espléndida vegetación; como un pálido y triste recuerdo del pasado.

Un torrente impetuoso se despeñaba de las vecinas sierras, arrastrando su vertiginosa corriente sobre un lecho de rocas y lamiendo con su blanca espuma los ennegrecidos cimientos de aquella obra de granito.

Desde la altiva torre del homenaje se distinguía uno de esos cuadros sorprendentes y magníficos de la naturaleza, y la inmensidad del cie-

lo á veces azul y risueña á veces tambien aplamada y sombría.

Tal era el escenario donde se representó el terrible drama que vamos á referir.

No es un cuento, producto de nuestra fantasia es una sangrienta tradicion que oimos relatar á un anciano venerable, á un ermitaño de aquellas fragosas soledades.

Si el destino ó el capricho os llevara algun dia á la provincia de Granada y recorrieseis el partido de Orjiva ó Puebla de D. Fadrique, veríais confirmada nuestra narracion.

Todavía, se conserva hoy el esqueleto ruinoso del castillo y una cruz negra enclavada en el suelo cerca del torrente.





IV.

Era una tibia noche de verano.

Nunca el hermoso cielo de Andalucía ostentó un azul más puro, ni las estrellas mayor intensidad de luz.

La melancólica luna brillaba tan próxima á la tierra, que parecía, coronar las pardas almenas del castillo con sus rayos de plata.

El éter difundía en todas las direcciones los resplandores del cósmos.

La brisa templada, ardiente, lasciva, robaba su fragancia á las flores, que se estremecían de placer al sentir su impuro beso.

En torno de las montañas se había formado una neblina vaporosa, luciente; blanca como la

pareza, fantástica como los sueños de la juventud y semejante á la aureola de las vírgenes.

Las cristalinas aguas del torrente, producían al derrumbarse los mágicos colores del iris, perdiéndose luego en el seno de los precipicios como una ilusión realizada en el abismo del olvido!

En aquella apasible noche de mundo físico era un exacto reflejo de la belleza de Dios!

.
A juzgar por el silencio profundo y solemne que reinaba en la naturaleza debía ser muy tarde cuando abandonó el interior del castillo una sombra blanca y se deslizó rápidamente entre los árboles, penetrando poco despues en un rústico pabellon, formado de jazminez que se enlazaban como los deseos de un ambicioso favorecido por la suerte.

Dentro del poético cenador se hallaba David.

La misteriosa sombra era Brenda.

Hay cuadros tan llenos de dulzura y de sentimiento que en vano pretenderíamos crear una imágen de ellos con la palabra.

Los amantes se contemplaron algun tiempo arrobados de felicidad.

La pálida luna derramaba su melancólica luz sobre aquellas juveniles cabezas!

Y las nacaradas flores de los jazminez descen-

dian en forma de guirnalda á ornar sus frenets virginales y hermosas!...

Creí que te olvidabas de nuestra cita—esclamó David interrumpiendo aquel delicioso éxtasis y con un acento de indefinible ternura.

No, hermano mío, es que ahora más que nunca necesitamos encubrir nuestro cariño, encerrarlo en el santuario de corazón, como ocultaríamos un tesoro de inmenso valor, que tratasen de arrebatarnos.

Ah! yo debo perder todas esperanzas de felicidad. Tu padre te ha elegido un esposo noble, rico y que posee varios títulos: á su lado brillarás en el mundo como un astro esplendoroso en la oscuridad de la noche, por tu juventud y por tu belleza. Innumerables adoradores rendirán á tus plantas como á las diosas de la antigüedad un culto idólatra y quemarán en el fuego de una impura pasión ó de una idea egoísta de engrandecimiento, el incienso de la lisonja que ha de embriagar los sentidos. El oro, ¿quién es capaz de medir su fuerza atractiva!...

Yo ninguno de estos goces puedo ofrecerte; á mi lado te espera la pobreza, acaso la miseria, el enojo de tu padre y...

¡Oh! interrumpió Brenda con la voz mojada en lágrimas.—Yo no quiero brillar en el mundo de los placeres y de la moda, yo no sé fingir un amor

que no siento, y mis deseos están satisfechos con resplandecer eternamente como una esperanza en el cielo de tu ilusion.... ¿porqué dudas de mi cariño?

David lanzó un profundo suspiro.

Jamás—dijo—he dudado de tu cariño, Brenda; siempre he creído en él como en la existencia de Dios, como en el premio de la virtud al fin de nuestro destino; pero ¡ay! el amor á los 16 años, es un fuerte perfume que emana del corazon y desvanece la cabeza como los vapores de una bebida alcohólica; mañana te arrepentirías de haber unido tu suerte á la mía; mañana cuando desaparezcan la embriaguez de la pasion y los encantos del deseo, no verás en mí más que á un ser deforme, sin fortuna, sin atractivos que puedan halagar tu vanidad.—Créeme Brenda, el fuego siempre produce las cenizas, el hastío es una consecuencia de las pasiones volcánicas, es tambien un poco de ceniza!..

Reinaron algunos momento de doloroso silencio.

La tristeza de David se había introducido en el alma de la jóven, haciéndola saborear por primera vez la amargura del desengaño!

Brenda lloraba resignada como los mártires del Cristianismo.

El llanto es lo que más hermosa á la mujer, lo que más la engrandece á nuestros ojos!

Las lágrimas, dice bien un galano escritor moderno, (1) son un poema del sufrimiento.

Así como la noche tiene el encanto de la melancolía, y la borrasca la magestad del rayo, el rostro de la mujer posee el atractivo de las lágrimas.

David hizo un esfuerzo poderoso para disimular las emociones que agitaban su alma, bajo la influencia de aquel llanto desconsolador.

—Ah! exclamó Brenda,—me propones que renuncie á mis amores de niña, que destruya por su base el magno castillo de mi ilusion, que olvide los puros goces de la infancia y de la adolescencia, para pensar desde hoy en las ventajas que proporciona el dinero y la posición social.

David! tú no me amas si crees que un día pudiera arrepentirme de ser tu esposa; tú no has penetrado en el fondo de mi alma, cuando imaginas que el hastío se apoderaría de ella, haciéndome juzgar como sacrificio, lo que ahora forma el mayor encanto de mi deseo. David, los afectos no abrasan, no destruyen como las pasiones: los sentidos se cansan, se debilitan, se hastían de todo; el espíritu, por el contrario, cada vez en-

(1) D. Germán de Castro en sus *Hojas sueltas*.

cuentra nuevos placeres, nuevas satisfacciones en el mundo ideal.

—Brenda, no podemos convencernos nunca; tú aceptas el martirio, te prestas gustosa á ser una víctima de la caridad y yo no quiero representar el papel de verdugo; he obrado con franqueza descubriendo el abismo que se abre á tus piés. Yo que te adoro como el ermitaño la soledad, como el Oceano las costas que le aprisionan, como el árabe errante la tristeza del desierto, te aconsejo, es más, te ruego que obedezcas á tu padre, que cumplas su voluntad, que no dejes escapar la fortuna que te brinda el destino.....

Si conservas de mi cariño un recuerdo doloroso y me dedican en el silencio de la noche una lágrima tus ojos y un latido tu corazón, me consideraré feliz.

Los afectos, los amores espirituales no tienen su fin, su objeto en la tierra; la recompensa del nuestro la recibiremos en el cielo!

.
Algun tiempo despues, Brenda se perdía entre el arbolado, como una esperanza en las sombras del desengaño, cual una estrella en los negros celajes de la tempestad!

David contempló por algunos instantes el morisco castillo donde se encerraban sus ilusiones de adolescente, como el alma en el cuerpo huma-

no, como el perfume de la rosa en su brillante corola!

Dos lágrimas relumbraron en sus ojos á la luz de la luna, y un suspiro se escapó de su pecho!

—Oh!—exclamó con acento apasionado—adiós para siempre, Brenda; el llanto de tu constancia me arrastraría al crimen... No quiero que la sangre de mi rival salpique mi frente, ni que la voz de la conciencia me robe la tranquilidad!... adios, quizá algun día comprendas mi sacrificio y mi martirio!...

Y el pobre jorobado se alejó del castillo, deteniéndose repetidas veces á contemplarlo de nuevo.

La brisa, en sus invisibles alas, debió llevar hasta Brenda el eco doloroso de aquella despedida.





V.

Era la hora del vespertino crepúsculo.

El astro rey había sepultado su disco de fuego tras las gigantescas mortañas que recortan el Occidente en aquellos solitarios parajes.

Algunas nubes teñidas de grana flectaban en torno de sus espléndidas cimas, como los rosados pensamientos de la felicidad en la juvenil cabeza de un adolescente.

El aura, leve, apacible, silenciosa, apenas hacía balancear á las flores sobre sus delicados tallos.

Los gorjeos de las aves que magestuosamente cruzaban el espacio en busca del poético abrigo de los árboles, eran tristes, como el ruego de la

cautiva, como la música de las alemanas baladas, como el canto del montañés que ama sin esperanza.

Todo dormía en la naturaleza; solo el torrente al despeñar sus aguas turbaba aquel solemne reposo, aquel silencio elocuente, como el eco de un remordimiento turba la conciencia del hombre cuando todo calla en su derredor!

La luz es la vida de la naturaleza, es su alma. El sol hace resplandecer sus encantos, sus matices su vegetación. El crepúsculo de la tarde, si me es permitida la frase, satura estos encantos con su pálido brillo, los embellece con su melancolía.

Una naturaleza sin luz, es lo que una hermosa sin gracia, lo que una flor sin perfume, lo que un corazón de veinte años sin ilusiones!

En esa hora en que las sombras de los abismos abandonan sus profundos lechos como evocadas por Satanás, y se estienden y pueblan los valles, hallábanse dos nobles en una lúgubre y destartada cámara del castillo, recostados en monumentales sillones y departiendo con no escaso interés.

Representaba el uno cincuenta años de edad.

Era de buena estatura, delgado y muy moreno. Tenía los ojos oscuros, altivos, penetrantes; los cabellos y la barba, largos y casi blancos.

En su conjunto se advertía el sello de la antigua nobleza.

El traje negro que llevaba hacía aparecer más seco, más grave, más imponente.

Tal era D. Alvaro de Zúñiga, padre de Brenda.

El otro noble frisaría en los cuarenta y cinco años, y estaba bastante grueso, relativamente á D. Alvaro.

Era también más alto que éste, blanco de color, con ojos azules y cabellos de un rubio indefinible.

Advertíase así mismo en su cadavérico rostro, el orgullo de raza, y en su mirada la altiva magestad de un ilustre aboleng.

Tal era D. Beltrán de Lara, duque de Alcudia, y marqués de Acapulco, candidato oficial á la mano de Brenda.

Ambos nobles se conocieron de jóvenes en la coronada villa.

De la armonía de sus caracteres, brotó la profunda amistad que se profesaban.

Juntos frecuentaron en aquel tiempo los salones del gran mundo y juntos también corrieron algunas vergonzosas aventuras, de que han sido siempre teatro los palacios!

Huérfano D. Alvaro desde sus primeros años, faltó de experiencia y sin el auxilio de los conce-

jos maternos se entregó desenfrenadamente en su juventud á toda clase de escándalos.

Muy pronto descolló entre sus pasiones el vicio del juego.

Al principio mataba el tiempo, como suele decirse, en compañía de algunos amigos reunidos alrededor de una mesa con la inocente idea de saquearse.

Más tarde asistió á los aristocráticos garitos que frecuentan únicamente los tahures de fraque y guante blanco, aunque sólo como aficionado, ó aburrido de ser rico.

Por último, una noche, zaherida su vanidad por las intencionadas sonrisitas del *banquero* y las no menos burlonas de los *puntos* al ver su desgracia, jugó fuerte, consiguiendo dejar sobre el verde tapete, de una manera nominal, bajo su palabra de *honor*, la inmensa fortuna que heredaría de sus padres.

Este terrible golpe del destino le hizo comprender la amargura de los que trabajan para vivir!

D. Alvaro como sucede á muchos jóvenes de nuestra época, no servía para nada útil, para nada provechoso á la sociedad.

Habiase ocupado tan solo de fingir el amor á las mugeres, de cultivar la amistad en los cafés

de moda y de aprender la esgrima del florete y la equitacion inglesa.

Sabía presentarse con despejo en los salones, entretener el ócio de las damas con su amena y superficial conversacion, y jactarse de libertino, de irreligioso y de maton.

Reunia, es indudable, las condiciones suficientes para lucirse y medrar en el gran mundo, si hubiera prescindido de su carácter orgulloso y de la altivez de raza.

Pero D. Alvaro se desdeñaba de pedir favores y mucho más de adular á las personas que por tantos años habia tenido á su nivel.

El padre de Brenda conjuró la borrasca de la miseria casándose.

Una dama de esclarecido linaje y de mediana fortuna le aceptó por esposo, y desde entonces retiróse de la córte, yendo á sepultarse en el viejo torreón que conocen ya nuestros lectores.

A los dos años de su boda nació Brenda y algun tiempo despues moría la madre de esta, agobiada por los disgustos.

La conducta de D. Alvaro en el seno de su familia, fué siempre despótica y cruel, su carácter seco y grave desde la cuna, adquirió con los reveses de la suerte y las contrariedades de la vida un tinte sombrío de irascibilidad.

D. Beltran, su amigo, colocado por el destino en

iguales circunstancias, llevó también una juventud en extremo licenciosa.

Nada tenía que envidiar á D. Alvaro á excepción del ruinoso vicio de jugador.

Había seguido sus huellas en todo, separándose únicamente en este punto.

Su pasión favorita fue siempre la muger, á la que consagró un culto idólatra de muchos millones.

Por lo demás idénticos eran sus caracteres, idénticas sus preocupaciones, sus ideas y sus gustos.

Cuando abandonó D. Alvaro la coronada villa ofrecióle D. Beltran hacerle una periódica visita, todos los años, en su apartado retiro.

Hasta entonces habia cumplido religiosamente su ofrecimiento, pasando en compañía de su amigo algunos días de los poéticos Estíos.

Esta circunstancia hizo que el duque de Alcuía conociese á Brenda desde su niñez y que se enamorara de ella en la juventud.

Ya hemos dicho que su pasión favorita era la muger, por tanto nada de extraño tiene, que la deslumbrante hermosura de Brenda le impresionase, hasta el punto de pedir su nacarada mano á D. Alvaro.

Este vió que el enlace de su hija con D. Beltran era ventajósísimo, y prescindiendo de la no-

table diferencia de edades y de la nauseabunda historia de su amigo, aceptó con entusiasmo la proposición.

¡Cuántos padres sacrifican á sus hijas casándolas por conveniencias sociales!

El cariño, la honradez y la salud que son las mejores dotes de un marido, se prescinde de ellas en nuestra época, hasta se olvidan por el dinero y los honores mundanos!

Estos absurdos, estos crímenes contra la naturaleza, los espían más tarde seres inocentes!

No queremos convencernos de que las riquezas distan tanto de la felicidad como la miseria!

De ahí los infinitos errores y desaciertos que cometemos y sancionamos!

. ,
Dados estos detalles, para la comprensión de nuestra historia, reanudemos el hilo de los sucesos.





VI.

Segun dijimos al lector anteriormente, en una sombría cámara del castillo y sepultados en monumentales sillones, se hallaban D. Beltran y D. Alvaro departiendo con interés, á la hora del vespertino crepúsculo.

Escuchemos silenciosos su diálogo.

—Es extraño—esclamó D. Alvaro con misterio, en el momento de prestarles nuestra atención.

—Bah! no debe preocuparte la diablura del jobado—repuso D. Beltran—seguro estoy que mañana en la noche, á la hora de la fiesta, aparece en el castillo sin necesidad de rezarle un padre nuestro á S. Antonio.

—Podrá suceder; pero de todos modos qué idea le ha guiado al abandonarnos la víspera de tu boda con mi hija: yo conozco muy bien el carácter de David y me parece incapaz de cometer una diablura semejante.

—¡Ah! es que el hábito no hace al monge; yo creo firmemente, amigo Zúñiga, que todos los jorobados tienen á Satanás dentro del cuerpo, y no me fiaría de ellos para nada; me repugna el sarcasmo con que hablan; la ironía debió inventarla el primer contrahecho del mundo; son tan deformes de alma, como de constitucion física.

—Pronto saldremos de dudas—añadió D. Alvaro—ya sabes que mi viejo, mi mayordomo ha ido á Orjiva en busca de él. Es un padre que adora á su hijo cual pocos. Esta mañana lloraba como un arrepentido. David no puede haberse alejado mucho de estos contornos y se encontrará más tarde ó más temprano.

—Mucha importancia estamos dando á su desaparicion, cuando no merece la pena de que de ella nos ocupemos; háblame de otra cosa, por ejemplo, de mi próximo casamiento.

—Pues todo el día lo hemos empleado conversando de este asunto—interrumpió el de Zúñiga.

—Es natural; el hombre que como yo—dijo don Beltran, con algun entusiasmo,—vislumbra la

felicidad en el horizonte de la mañana, debe olvidarse de cuanto le rodea, para pensar únicamente en la causa de su ventura y de su pasión.

Quién había de decirme hace 20 años, cuando la Corte era el teatro de mis aventuras amorosas, cuando consideraba á las mujeres como artículo de lujo, como objetos de vanidad y de placer más caros, cuanto más bonitos; cuando negaba, en fin, las dulzuras del matrimonio, ponderando hasta las nubes las delicias del celibato; quién había de decirme á mí, repito, que un día de mi vida aceptaría como axiomas, lo que parecíame entonces absurdo y erróneo.

El duque hizo una páusa al llegar á este punto de su discurso.

—Pero no es eso lo más prodigioso,—añadió reanudándolo—lo inverosímil, lo extraordinario es que una hija tuya, una hija de mi amigo Zúñiga, del antiguo libertino, haya hecho mi conversión.

D. Alvaro se estremeció al escuchar las palabras del duque, que eran un eco de sus remordimientos.

Por algunos instantes guardaron ambos nobles profundo silencio.

—No me explico tampoco—continuó D. Beltran

—la tristeza de Brenda en estos días; todas las mujeres, cuando se hallan de boda, hacen brillar la alegría en sus rostros y tienen sonrisas de felicidad para sus prometidos; tu hija, por el contrario, cada vez está más abatida, más melancólica; hasta he llegado á sorprender algunas lágrimas en sus hermosos ojos.

D. Beltran no pudo notar la densa palidez de su amigo al ocuparse de aquel misterio.

La casi oscuridad de la cámara se lo impidió.

—Nunca hasta hoy,—dijo D. Alvaro—he advertido ese dolor en Brenda; sin duda reconoce por causa la desaparición de David. Como siempre han estado juntos, nada de particular tiene que sienta su ingratitud al abandonarla.

—Es decir,—esclamó el duque con cólera—que en todos mis asuntos se ha de mezclar ese maldito jorobado, para destruir mi ventura; no, pues yo juro.... D. Beltran se interrumpió repentinamente.

Habíase destacado en el fondo de la sombría cámara, al pálido fulgor de una luz, la magestuosa figura de un venerable anciano.

La lámpara que sostenía entre sus temblorosos dedos, iluminaba de lleno su macilento rostro, surcado de profundas arrugas. Esas terri-

bles huellas de los años y de los pesares!

Su larga y lasa cabellera parecía el blanco sudario de sus apagados pensamientos.

Advertíase en sus ojos la falta de brillo, de animación, de intensidad en el mirar.

El fuego de la vida había ido consumiendo lentamente su naturaleza y de un momento á otro debía caer en la tumba, convertido en un montón de cenizas!

El anciano adelantó con trabajo hasta colocar la mística lámpara sobre el frío mármol de un velador, inclinándose después respetuosamente ante los nobles.

—Y bien,—dijo D. Alvaro, dignándose apenas, corresponder á su saludo—no habeis encontrado en Orjiva á David, ¿qué habeis conseguido con vuestras indagaciones?

Dos lágrimas se deslizaron silenciosas por las mejillas del anciano, contestando elocuentemente á la pregunta del caballero.

—No os aflijais, Guzman,—dijo el duque de Alendia compadecido—más tarde ó más temprano parecerá vuestro hijo, puesto que no tiene motivo alguno para abandonaros.

—¡Quién sabe cuando volveré á estrecharle entre mis brazos!—exclamó Guzman sollozando.
—Ah! no debo abrigar seguridad de que esto se

realice. Ningún montero ha visto á mi hijo, inútilmente he recorrido los campos, solo me restaba la esperanza de que se hallase en Orjiva, y tambien este último destello de luz se ha desvanecido. Quizá...

—Basta de lloros y profecías,—dijo D. Alvaro de una manera brusca, interrumpiendo al pobre viejo—si os hubiérais hecho respetar de vuestro hijo, ahora no sufririais las consecuencias de sus diabluras. Tened conformidad y no volvais á hablarnos de tan enojoso asunto.

Estas crueles palabras hirieron el corazón del anciano, más que si la acerada hoja de un puñal de misericordia le hubiere taladrado.

El mismo D. Beltran las oyó con repugnancia.

—Nada nos habeis dicho —prosiguió el de Zúñiga—acerca de Fray Luis el Negro. Vendrá mañana noche al castillo? A qué hora ha de celebrarse la ceremonia?

—Teneis razon señor,—repuso el mayordomo con voz humilde—la pérdida de mi David me hace desvariar..... olvidábame ya de participaros que el reverendo se hallará aquí mañana á la tarde, dispuesto á celebrar el casamiento del noble duque de Alcudia, á cualquiera hora de la noche.

—Bien;—dijo D. Alvaro—es cuanto deseaba saber, retiraos.

Guzman se inclinó profundamente, abandonando la cámara pocos segundos.

.....





VII

Lentas, tristes y monótonas, se deslizaron las horas de aquel hermoso día, para la enamorada Brenda.

Sus bellísimos ojos habían enrojecido de llorar.

La densa palidez de sus mejillas revelaba una noche de de insomnios y de afanes.

El doloroso recuerdo de su cariño perdido y la idea de una eterna esclavitud al lado de D. Beltran, se revolvían en su mente, haciéndola sufrir un cruento martirio.

Los albores de la mañana no pudieron disipar las sombras de su tristeza!

La aurora sorprendió su amargo llanto como

el rocío del cielo sobre la corola de una flor.

Brenda reclinada hasta entonces en el nacarado lecho donde resbalaban sus hermosos sueños de virgen en noches más felices, lo abandonó como abatida por el cansancio.

Vistióse una ancha y blanca bata, plegándola naturalmente con elegancia, á su reducidísima cintura y dirigióse luego al entreabierto balcon.

El aura acarició sus negros cabellos, perfumándolos con robada ambrosía!

La jóven abarcó con su poderosa vista el agreste y bravío paisaje que á sus plantas desarrollaba la naturaleza.

Un firmamento azul prusia confundíase con la verde alfombra de los campos, en algunos confines del horizonte.

Hácia el Occidente las montañas delineaban sus caprichosas formas y gigantescos peñascos sobre el fondo de un cielo imaginario.

En otras direcciones se decubrían desparramados en agradable desórden, pequeños caseríos y la humilde torre de alguna ermita.

Brenda dirigió una mirada vaga á todos estos encantos.

Su pensamiento, abstraído con el recuerdo de David, no le permitía fijarse en aquel grandioso panorama.

¿Dónde se hallaba el pobre jorobado. Por qué

no acudía solícito á saludar la aurora de su amor?

Un presentimiento terrible, cruzó rápido como el relámpago la mente de la jóven.

Su cariño le anticipaba la triste noticia de la desaparicion de David.

Cuando la realidad confirmó sus temores, Brenda quedóse como aplanada, por su intenso dolor!

.
Volvemos á presentar á la jóven, algunas horas despues de haber asistido á la escena entre D. Beltran y D. Alvaro.

El tiempo que todo lo mitiga, había calmado en parte su desconsuelo.

Hallábase sola en su lujosa estancia.

Una lámpara pendiente del rico artesonado iluminaba con sus tibios resplandores el antiguo, pero espléndido menage de aquel camarín.

El murmullo del torrente que arrastraba sus aguas á unos cien metros del balcon de Brenda, era el único ruido que interrumpía el silencio de la noche.

La noble hija de Zúñiga meditaba, -recostada en un cómodo sillón de terciopelo carmesí, sobre el que resaltaba admirablemente su blanca vestidura.

De pronto, como hablando con su pensamien-

to—Sí —exclamó—debo dar esta prueba de cariño á David; dispuesta me hallo á sufrir el martirio antes que aceptar á D. Beltran por esposo: me resistiré, lloraré; pero si me violentan, si desprecian mis lágrimas... Una sombra oscureció la alabastrina frente de Brenda, como un negro celage eclipsa por un momento el brillo de la luna.

—Ah! hermano mio,—prosiguió la jóven—cuán grande ha sido tu sacrificio al renunciar á mi amor, por no privarme de las riquezas y de la posicion social! Yo compensaré tu generosidad con mi constancia. ¡O tuya ó de nadie!

Brenda se levantó de una manera nerviosa, acabado su extraño monólogo, y abandonando en seguida el camarín, deslizóse por una lúgubre galeía del castillo, rápida como la idea silenciosa, como los fantasmas.

Al final de aquel largo y estrecho pasillo, había una puerta; algunos rayos de la luz se escapaban por sus intersticios.

Brenda llamó en ella suavemente.

La puerta abrióse hácia el anterior, destacándose en su negro marco la grave figura del duque de Alcludia.

La jóven penetró en la estancia de D. Beltran sin detenerse, haciéndole cerrar nuevamente la puerta.

El duque expresó en su rostro la agradable sorpresa que aquella visita le hacía experimentar.

Por cortos instantes reinó un silencio embarazoso, como sucede siempre en situaciones excepcionales.

—Caballero—dijo Brenda con turbación—necesito explicar...

—Permitidme que os ruegue antes toméis asiento—exclamó D. Beltran, acercando una silla á la jóven.

—Sentaos vos tambien.

El duque ocupó otra silla al lado de Brenda.

—Decía que necesitaba explicaros mi conducta, D. Beltran. ¿Qué concepto habreis formado de mí? qué juicios os merecerá mi extraña visita; una mujer jóven... Brenda se detuvo.

—Siempre he creído—prorrumpió el duque—que sois una virtud inmaculada, cuando os acepto con toda mi alma por esposa; á mis ojos os justifican vuestro rubor y vuestra turbación; decidme sencillamente el objeto de vuestra venida.

—Gracias, D. Beltran, me juzgais con generosidad. Ya comprendereis que sin un motivo muy grave no hubiera roto la noble hija de Zúñiga las reglas sociales, ni las formas del pudoroso recato que á una dama conviene. El corazón cuando

ama manda en la cabeza, la idea es una esclava del sentimiento; y amo y mi cariño ha guiado mis pasos á esta cámara.

El duque no supo si alegrarse ó entristecerse con aquella declaracion, porque la jóven no había revelado el objeto de su amor.

—Os he descubierto—continuó Brenda—el fondo de mi alma; creo que me agradecereis mi franqueza, si antes de unir vuestra suerte á la mía, os digo que mi corazon pertenece á otro y que en vano le pedireis ternura para el vuestro.

D. Beltran palideció profundamente al escuchar las terribles palabras de Brenda.

Una centella desprendida á sus piés le hubiera producido menor sensacion.

—Ah!—exclamó el duque con un acento indefinible—creeis que el cariño que me inspirais, puede arrancarse del pecho con la facilidad que una flor de su débil tallo? creeis que despues de haber soñado con los placeres de poseeros, debo resignarme á que otro hombre goce en vuestros brazos la felicidad. Brenda, vos habeis dicho que el corazon enamorado manda en la cabeza; el mío lo está con delirio de vuestra hermosura, y aunque me juzgueis de cruel, os llamaré mi esposa. El tiempo calmará ese amoroso afan que sentís y el fuego de mi pasion vivificará en vues-

tro pecho mi cariño, una ternura exclusivamente para mí!

—Y nada os dicen mis lágrimas!—murmuró la jóven sollozando.—Estais dispuesto á sacrificarme, á destrozarme mis sentimientos: pues bien, don Beltran, tendreis una esclava, nunca una esposa amante; poseereis mi cuerpo, mi hermosura, pero mi alma, libre como las aves, como la brisa, cruzará el espacio hasta encontrar la imágen de su cariño y se confundirá con ella en el dulce arrullo de una caricia!

—Sois muy injusta—repuso el duque—admitís la constancia y el infinito en vuestra pasion, y porque la mía reúne las mismas propiedades, me calificais de verdugo! vos no quereis atender mis razones ni yo las vuestras; somos dos enamorados, dos locos que pretenden convencerse. Sometamos nuestra causa al supremo tribunal de vuestro padre, y por mi parte acataré su resolucion.

—Oh! antes de recurrir á vuestra caballerosidad he intentado convencer á mi padre con mis ruegos y con mis lágrimas; todo ha sido inútil para disuadirle, mi sentimiento se ha estrellado ante su fría razon; él piensa y yo siento; él ve en mi enlace con vos, las riquezas, los honores, la felicidad; yo adivino la desventura y el martirio.

Ha llegado á amenazarme duramente si no cumplo su mandato.

Permitidme que apruebe en parte la conducta del autor de vuestros bellisimos días; si hoy amais con delirio á David...

—¡Sabeis!...—dijo la jóven con sorpresa.

—Cuando se ama como yo os adoro—prosiguió el duque—no debe estrañaros que haya descubierto el objeto de vuestra pasion. He fingido no apercibirme de esos extraordinarios amores, he ocultado mis celos...

—Oh! interrumpió Brenda con ansiedad; juradme por el premio de vuestra alma que no habeis intervenido en la desaparicion de David!...

—Os doy mi palabra de caballero.

—Gracias, Dios mío! dijo Brenda levantándose

—Me abandonais, señora?

—Sí, puesto que persistís en que sea vuestra víctima, y os negais á complacerme.

—Siempre reinareis en mi corazon, Brenda; un verdugo como yo no sabe matar más que con amor!

—Os suplico—añadió la jóven—que nada digais á mi padre de esta misteriosa entrevista; por no disgustarle me resigno á ser vuestra..

—Algún día me amareis—dijo el duque acompañando á Brenda hasta el umbral de la estancia.

La hija de D. Alvaro suspiró dolorosamente.

—Hasta mañana, D. Beltran—murmuró la jóven despidiéndose con voz recatada.

—Que el cielo guarde vuestra hermosura, que es mi vida.

Y el duque de Alcudia permaneció en el dintel de la puerta hasta que se perdió la airosa figura de Brenda en las sombras de la galería.

Oh! exclamó la jóven al penetrar en su morisco camarín, he apurado inútilmente el postrer recurso... desprecian mis súplicas y mis lágrimas!... pero no dudes de mi conciencia, David; he jurado ser tuya ó de nadie!

.





VIII

Llegó la noche de boda.

El cielo, tan azul y brillante los días anteriores, había cubierto su luz y hermosura tras los funebres crespones de la tempestad.

La chispa eléctrica cruzaba vertiginosa el espacio, imprimiendo por breves momentos sobre el negro fondo de las nubes una estela de fuego.

A su lívido resplandor el paisaje adquiría forma extraña, proporciones gigantescas y una magstad completamente fantástica.

Un violento huracán arrastraba en sus poderosas alas el estampido del trueno y los medrosos ecos de las montañas.

En medio de la oscuridad se distingue el ilu-

minado castillo semejante á los mágicos palacios de los cuentos árabes.

A través de los cristales de sus ojivas, ventanas y galerías se desbordaba un Océano de luz.

Percibíanse confusamente en el exterior, el murmullo de cien conversaciones, la algazara, el bullicio, la alegría, el estruendo, esos mil rumores que brotan de la aglomeracion de seres y que caracterizan las fiestas humanas.

Segun hemos dicho, se celebraba la boda del duque de Alcudia, con la noble hija de D. Alvaro de Zúñiga.

En una inmensa cámara del castillo adornada espléndidamente, se hallaban reunidos los convidados todos.

Las principales familias de Orjiva y muchos amigos de D. Beltran presenciaban la ceremonia.

Habíase colocado en uno de los testers del salon un sencillo y grave altar, donde debía leer á los novios Fr. Luis el Negro la hermosa epístola de S. Pablo.

Infinitas luces reflejaban sus vívidos destellos en las bruñidas aguas de los lagos.

La concurrencia esperaba ya con indescriptible ansiedad la presentacion de Brenda en la cámara.

Las mujeres, por ocuparse de su tocado.

Los hombres, para admirar su belleza.

Y en general con la *inocente* idea de criticarla.

Trascurrió media hora más sin que la joven realizase el unánime deseo de los convidados.

—Esto es insufrible—decía D. Alvaro en voz baja y lleno de coraje á D. Beltran, que junto á él estaba—hace una hora larga que estoy causado de esperar... será preciso mandarle un...

—Ten un poco de calma—repuso el duque—ya sabes que las mujeres cuando tratan de componerse no miden el tiempo.

—Lleva suficiente para salir vestida de reina—añadió el de Zúñiga—además debía tener en cuenta que se la espera y que su tardanza ha de ser una causa de disgusto general.

—Eso no puede reflexionarlo una muger joven y hermosa delante de un espejo: atiende mi opinion, y esperemos aun.

D. Alvaro hizo un gesto de desagrado y quedó silencioso.

Pasó una nueva hora de ansiedad.

Y empezóse á murmurar entre la concurrencia de tan inesplicable tardanza.

Qué motivo podría existir para ella?

Porque no se presentaba Brenda en el salon.
¿Qué misterio había en aquel enlace?

Algunas conjeturas calumniosas brotaron de

una cabeza de muger y circularon por las de todos los invitados con la rapidez que siempre acoje lo malo.

El duque perdía su calma.

Y D. Alvaro se desesperaba.

—¡Guzman! ¡Guzman!—gritó éste sin poderse contener y revelando en el asunto su profunda cólera.

Apareció en la cámara el viejo mayordomo...

Pero en el mismo instante percibióse un grito agudo, estridente, desgarrador!... y luego otro horrible, formidable, desesperado!!

Qué significaban aquellos espantosos lamentos?

D. Alvaro se precipitó fuera del salon seguido del duque, de Fr. Luis el Negro, de Guzman y de toda la concurrencia.

Anticipémonos nosotros con el lector.





IX

Dos horas antes de esta escena, Brenda abandonó la compañía de sus amigas, no permitiendo que ninguna de ella entrase á su tocador.

Quería sorprenderlas con sus galas de desposada.

Durante todo el dia Brenda habíase mostrado satisfecha, decidora, hasta burlona.

En sus ojos brillaba la alegría y en sus labios de carmin advertíanse sonrisas de felicidad.

Su padre y D. Beltran apenas podían dar crédito á tan profundo cambio.

¡Pobre David, sin duda algún deseo ambicioso había borrado su imágen en el alma de la joven.

.....Empero no era así.

Cuando Brenda estuvo sola en su morisca estancia, trasformóse repentinamente la espresion de su fisonomía.

Sus mejillas, antes blancas y sonrosadas; perdieron su hermoso color y una palidez lívida y amarillenta, cadavérica, obscureció la transparencia de su cutis.

Brillaron sus negros y rasgados ojos con el fuego de la fiebre, advirtiéndose en ellos la mirada intensa, poderosa, magnética de la locura.

En su frente, nacarada y cándida como la azucena de los valles, se reflejó un pensamiento fúnebre y desconsolador.

Y sus labios de coral se dilataron con la amargura de una sonrisa de una contraccion nerviosa.

Hasta entonces la jóven había representado admirablemente una extraña farsa.

Bajo las risueñas apariencias de una fingida felicidad había cubierto sus pesares y sus lágrimas con todo el arte de actor dramático.

Al concluir aquel lúgubre carnaval volviase á presentar con la tristeza en el rostro y en el corazón.

Brenda contempló largo tiempo en silencio las ricas galas de novia colocadas todas sobre su níveo lecho...

Después, como obedeciendo á un secreto impulso, comenzó á vestirse con una calma aterradora.

Encerró primero sus diminutos piés en recortados chapines de raso blanco.

Ajustó á su cintura una espléndida falda del mismo color y tambien de raso, ciñéndose el seno con un precioso corpiño, cuyo descote permitía adivinar entre finísimos encages, su incitante nacimiento.

Un cintillo de perlas nacaradas adornó más tarde su correcta garganta, haciendo juego con las pulseras que aprisionaron sus tentadores y desnudos brazos.

Una corona de perfumados y lozanos jazmines orló su frente virginal y una gasa, blanca como el alabastro y vaporosa como los celajes, flotó, ligera, fantástica, en torno de su juvenil cabeza.

¡Era el hermoso símbolo de su inocencia, la mágica aureola de su castidad.

Brenda reflejó entónces su imágen en la tersa superficie de una plancha de acero y sonrióse de una manera diabólica, insensata, al contemplarse tan arrobadoramente bella.

¡Ha llegado la hora de mi ventura—dijo con un acento indefinible, vago, insensato tambien—¡sí, David, ha llegado la hora de nuestra boda! el momento que puedas llamarme tuya! ¡El

cielo envidia nuestra felicidad!...; mis brazos estrecharán con amor, en forma de guirnalda, tu adorada cabeza! en mis lábios aspirarás una esencia desconocida y enloquecedora... Oh!... David!, David!, ámame mucho!!... ámame siempre!...

Y la jóven lanzó una carcajada nerviosa lúgubre, terrible, una de esas carcajadas que inspiran profunda compasion.

Luego adelantó rígida, marmórea como una estatua hasta encontrarse en e' exterior del balcon.

Su pecho pareció dilatarse con las húmedas emanaciones del campo.

El torrente se desbordaba bajo sus plantas á cien metros de profundidad, estrellando sus hirvientes aguas con un estrépito formidable en agudas rocas y gigantescos peñascos.

...!!!Y cosa horrible!!!

Brenda, como atraída por el magnetismo del precipicio ó como impulsada por su extraña locura, sentóse un momento en la baranda del balcon, dejándose luego caer de espaldas hácia el abismo!

Un grito sobrehumano que arrastrar parecía en pós de sí el alma, hizo comprender que la jóven había vuelto á la razon en el espacio!

Otro lamento más horrible, más espantoso, se confundió con el de Brenda.

El primero era un eco de muerte!

El segundo de loca desesperación!

Una centella inflamó en aquel instante la zona ocupada por la tempestad iluminando con su fatal resplandor un cuadro terriblemente doloroso!

El ensangrentado cadáver de la jóven se balanceaba en el vacío sujeto por sus ropas á un inmenso peñasco.

Sobre éste delineábase la estraña figura del jorobado, como una estatua de mármol sobre un pedestal de roca.

.....





X

En tan supremo momento penetraron en la cámara de Brenda, D. Alvaro, el duque, el fraile, el mayordomo y los convidados.

Todos se dirigieron al balcón presintiendo algo terrible y desconsolador.

Un lívido relámpago, disipó por segunda vez las sombras de la noche iluminando la escena que tenía lugar.

David abrazado al cadáver de su amada y suspendido en el vacío la cubría de besos y de lágrimas!

¡Aquel grupo contemplado á la cárdena luz de la borrasca, tenía mucho de fantástico, de diabólico, de sobrenatural!

Los espectadores del balcon seguían con un interés punzante, con una tristísima ansiedad el drama que se representaba en medio del abismo!

Por breves segundos las tinieblas envolvían á los amantes en un negro manto, y el relámpago los iluminaba de nuevo.

El huracán los sacudía violentamente como débiles plumas, como ligeras hojas.

El jorobado reía y cantaba de una manera amarga, sarcástica, insensata.

¡Oh! qué hermosa es la noche de mis bodas.. qué hermosa! qué hermosa!...

Já, já, já!...

Y sus risas eran agudas, discordantes, sardónicas.

David! hijo mio!... hijo mio!... gritaba el anciano Guzman con toda la fuerza de su voz,—¡sálvate...! sálvate! ¡tu vida es la vida de tu padre!... oh!...

Pero el jóven no oía estos lamentos escapados del alma.

Y continuaba riendo y cantando lugubremente.

.....Hubo un instante en que el vendabal despojó la roca que sostenía á los enamorados precipitándolos en el abismo!...

Sintióse un golpe seco al abrirse las aguas del torrente y después... nada!

¡Todo había concluido!



XII

Era la tarde de un nuevo día tan nebuloso y triste como el anterior.

No brillaba el sol en el horizonte, ni la alegría en la naturaleza.

Al toque de oraciones, cuatro hombres salieron del castillo conduciendo sobre sus hombros un ligero ataúd.

Tras ellos salió el fúnebre cortejo.

Formaban este Fr. Luis el Negro y D. Alvaro y el duque de Alcudia respectivamente á su derecha y á su izquierda.

El muerto era Guzman, el viejo mayordomo de Zúñiga.

El dolor había arrebatado la vida á su cuerpo.

Su alma habriase reunido ya con la generosa de David!

.
Es fama que después del entierro ambos caballeros acompañaron al fraile á su convento y sometieron sus crímenes al tribunal de la penitencia.

Se afirma tambien que D. Beltran desde aquella tarde no volvió á salir del monasterio de San Gerónimo y que sus inmensos bienes los repartió entre los pobres.

.
Algún tiempo adelante de estos sucesos el amor paternal de D. Alvaro levantó cerca del torrente una cruz negra, triste memoria consagrada á su hija Brenda.

Y al pié de la cruz abrió en vida la tumba que guardar debía sus cenizas.

Dicen los pastores, los monteros, los campesinos todos de aquellos contornos, que en las noches de tempestad, un anciano abandona el castillo y llora abrazado á la cruz con religioso fervor!

Hace algunos años que los restos mortales de D. Alvaro de Zúñiga duermen el sueño en una humilde hoya!

Si alguna vez atravesais aquellas fragosas soledades, dedicadle un recuerdo y una oración.

FIN

